ELLIZABETH CLARK

Cristina Gómez

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

MI FAMILIA

La vida seguía siendo igual de dura.

Por mucho que mejorasen las cosas o que los problemas se alejasen de nosotros, la vida seguía siendo igual. Nada podía hacer que el pasado cambiase y nada podía impedir lo que estaba segura que ocurriría algún día.

No sabía de qué tenía que preocuparme, pues nadie jamás contaba nada. Solo sabía que algo pasaba y que algo podía pasar.

Hacía mucho tiempo que no nos ocurría nada demasiado malo. Llevábamos mucho tiempo sin problemas, con una vida tranquila. Pero, después de todo lo que nos había ocurrido ya, eso era lo de menos. ¿Qué podía ser peor? Nada me sorprendería ya.

Lo peor que me pudo haber pasado en la vida fue la muerte de dos personas que para mí lo eran todo. Pero eso no era lo único, sino que además, nunca supe qué fue lo que verdaderamente les ocurrió.

Primero murió mi madre. Fue un duro golpe para todos. Mi hermano pequeño, que tan solo tenía cinco años, no sabía qué ocurría y nos preguntaba a mi padre y a mí por mamá. Creía que se había ido porque estaba enfadada con él, y eso le entristecía. Mi padre me pedía que le contase alguna mentira, porque él estaba tan destrozado que cada vez que Tim, mi hermano, le preguntaba, él solo apartaba la mirada con lágrimas en los ojos y le sacudía la cabeza. Después, le daba unas palmaditas en el hombro, y se iba. Tim me miraba a mí, esperando una respuesta, pero me veía incapaz de mentirle. Aún así, me acercaba a él y le decía: “Volveremos a verla”, aunque sabía que nunca más volvería a

entrar por nuestra puerta.

Mi padre nunca quiso contarme cómo murió mamá. Siempre que le preguntaba me decía que no quería hablar del tema, que necesitaba descansar. Y yo le entendía, pero seguía insistiendo. Al fin y al cabo, era mi madre, y necesitaba saber cómo ocurrió.

Pocos días después, una fría tarde, mi padre entró a casa sollozando y llamándome a gritos. Esa tarde había decidido salir a dar un paseo con Tim, pues ambos llevaban varíos días sin salir y necesitaban tomar el aire. Yo había decidido quedarme en mi cuarto, escuchando música y disfrutando de la brisa que se colaba por la ventana. Jamás olvidaré aquel día, ni aquella canción, ni siquiera el sonido que producían las cortinas al ser mecidas por el viento.

Cuando escuché sus gritos, me sobresalté y bajé de la cama de un brinco. Se me cayó el reproductor de música al suelo y tropecé con el cable de los auriculares, pero en seguida salí corriendo escaleras abajo.

-¡ELLI...! -sollozaba mi padre desde la cocina- ¡Elli... no... no puede ser!

Me apresuré hasta llegar a la cocina y le encontré apoyado sobre la encimera con el rostro entre las manos. No sabía qué decir, no sabía qué ocurría. Miré a mi alrededor y enseguida me percaté de algo.

-Papá, ¿qué ocurre? -pregunté preocupada- ¿Y Tim? -él no respondía- Papá, ¿dónde está Tim?

-Elli, no... No puede ser... -apenas podía entender sus palabras porque las lágrimas le inundaban y seguía teniendo el rostro cubierto- No... Tim..

El estómago se me revolvió y sentí ganas de vomitar. Tuve que apoyarme en la mesa para no caer, porque la cabeza me dio mil vueltas. ¿Qué le había pasado a Tim? ¿Dónde estaba Tim?

-Papá, por favor, dime qué ocurre -me acerqué a él y le cogí del brazo. Él se mantuvo de la misma posición.

Pasaron varios segundos de sollozos, que para mí fueron una eternidad. Sentí que sabía lo que había ocurrido, y me estaba preparando para lo peor. Pero quería negarlo y esperaba que mi padre me dijese que todo era una broma. Carraspeé para quitarme el nudo de la garganta y volví a

preguntar.

-¿Tim está bien? ¿Dónde está, papá? Estaba contigo... ¿Habéis vuelto los dos?

-¡Está muerto, Elli! ¡Muerto! -gritó, zafándose de mí- ¡Ha desaparecido, se lo han llevado! Tim... ¡Nos le han quitado! -parecía haberse vuelto loco.

No quería creer que fuese verdad, pero sabía que lo era. Tim, nuestro pequeño Tim... ¿muerto? ¡No podía ser! Quería saber qué había pasado, por qué estaba muerto o quién se lo había llevado. No podía ser. ¡Papá tenía que estar loco! Hacía apenas unas semanas había llegado a casa gritando de la misma manera y me había dicho que mamá había muerto y, días después, sucedía lo mismo con Tim. Solo podía pensar que se trataba de alguna broma de mal gusto. No podía ser, mi pequeño Tim...

-Elli, tenemos que irnos. Tim... ¿Por qué Elli? -se dejó caer sobre sus rodillas, con la cara empapada de lágrimas y los brazos sobre su cabeza, tirándose ligeramente del cabello- Nos han quitado a Tim, Elli... Nos han robado todo.

Yo estaba destrozada. Intenté hablar pero mi garganta no producía ningún sonido. Intenté llorar pero mis ojos estaban resecos. Intenté moverme, pero estaba completamente paralizada. Destrozada. Me acababan de robar la vida.

Por algún motivo, en aquel momento sentí un inmenso odio hacia mi padre. Sentí que todo había sido por su culpa, que mamá y Tim habían muerto por su culpa. Le culpé por no haber sabido protegerles. Y sabía que él no había tenido nada que ver, pero también le culpé de la muerte. Él los había matado. Él nos había matado a todos.

Con el tiempo me arrepentí de aquellos pensamientos y me sentí muy culpable por creer que mi padre les falló y que murieron por su culpa. Él hubiese dado su vida entera por salvarles, de eso estaba segura. Pero en aquel momento era tan grande mi dolor que no me importaba nada. Solo quería ver de vuelta a Tim y a mamá, aunque fuese una última vez.

Pasó mucho tiempo hasta que pude volver a mirar a mi padre a los ojos. Aquellos días fueron muy duros y eternos. No salíamos, apenas comíamos y no hablábamos el uno con el otro. Nos limitábamos a deambular por la casa, o a sentarnos frente a la chimenea, con la mirada perdida, absortos

en ningún pensamiento. De vez en cuando yo subía a mi habitación a escuchar la radio, esperando oír alguna noticia reveladora. Aquellos tiempos eran algo extraños y yo, que solo tenía doce años, quería enterarme por mi cuenta, ya que nadie me contaría nada nunca.

Así fue como me enteré de que mucha gente estaba marchándose de nuestro pueblo. Éramos pocos, pero últimamente apenas se veía a nadie caminar por las calles de los alrededores. Al principio pensé que sería por el tiempo, pues hacía más calor de lo normal, pero a menudo que iba llegando el otoño, la gente iba desapareciendo con más frecuencia. Estaba realmente interesada en saber qué ocurría, pero no me atrevía aún a hablar con mi padre.

Fue cuando se marchó la vecina Reneé, la mujer que vivía en la casa de al lado, cuando realmente me preocupé. Reneé había vivido siempre allí, incluso nos contó que en esa casa nació su madre, así como su abuela. Y le tenía tanto aprecio que quería ser enterrada en su jardín. Pero un día, de la noche a la mañana, llamó a nuestra puerta mientras mi padre y yo permanecíamos sentados en silencio en medio del salón.

-Voy... -carraspeé mientras me levantaba, pues llevaba tanto tiempo sin hablar que mi voz salió entrecortada- Voy yo.

Mi padre se levantó de un brinco y en dos zancadas me alcanzó. Me sujetó el brazo y me miró con ojos preocupados. Yo me asusté, pero no porque pensase que ocurría algo, sino porque no esperaba verle así después de tanto tiempo de silencio y de miradas perdidas.

Se puso un dedo en los labios, indicándome que no hiciese ruido, y con la otra mano señaló hacia las escaleras. Al ver que no me moví del sitio, me volvió a sujetar del brazo y tiró de mí hacia ellas. Seguía teniendo la misma mirada de preocupación, casi miedo. Fue por ello por lo que retrocedí, pero no subí las escaleras. Quería saber quién era y, por supuesto, no quería dejar a mi padre solo.

-¿Quién? -preguntó mi padre con voz grave y firme mientras se dirigía despacio hacia la puerta.

Hubo un silencio, y la madera del suelo del porche crujió. Mi padre paró en seco y volvió a preguntar.

-¿Quién es?

-Señor Clark... - dijo una voz familiar tras la puerta-. Soy la señora Reneé.

Mi padre suspiró aliviado y se volvió para mirarme. Le devolví la mirada y esbocé media sonrisa. Me alegraba de que tuviesemos la visita de Reneé y me alegraba de volver a ver a mi padre con un rostro distinto al de las últimas semanas.

Pero esa tranquilidad se esfumó enseguida, porque pensé que si Reneé estaba aquí, quizás era porque había pasado algo malo.

Me dirigí rápido hacia la puerta y la abrí. Tras ella estaba, en efecto, la señora Reneé, pero no iba sola. Llevaba en brazos a su viejo gato Sinni y, junto a ella, en el suelo, había una maleta de viaje. En cuanto lo vi supe lo que ocurría.

Nuestra querida vecina Reneé se marchaba también.

-Hola bonita -me miró y sonrió-, ¿cómo estás? Hace tiempo que no te veo pasear por aquí -me encogí de hombros.- Tom, tienes mala cara. ¿Estás comiendo bien?

-Sí señora Reneé, estamos bien. ¿Cómo está usted? -dijo mi padre con la voz apagada. La señora Reneé agachó la mirada por un instante y, después, me miró de reojo fugazmente.

Mi padre se puso tenso, lo noté. Y la señora Reneé se veía nerviosa. Sabía que ocurría algo y también sabía que no iban a contarme nada.

Me crucé de hombros y me apoyé sobre el marco de la puerta, haciendo ver que no iba a irme de allí. Mi padre suspiró resignado al ver mis intenciones, pero yo me mantuve inmóvil. Iba a enterarme de todo.

-¿Se va, señora Reneé? -preguntó al fin mi padre, mirando fijamente a los ojos de nuestra vecina, como tratando de leerle la mente para evitar que yo escuchase algo.

-Eh, bueno... -la señora Reneé dudó un instante- Sí, en realidad sí. Pero quizás vuelva. Digamos que me voy de vacaciones -rió.

La tensión de mi padre aumentó y enseguida Reneé dejó de reír. Agachó la mirada y volvió a suspirar. Noté que le incomodaba sentir mi mirada clavada sobre ella y trataba de evitar mirar hacia donde yo estaba. Aún

así no le quité el ojo de encima.

-Bueno, señora Reneé, ya sabe que... -dijo al fin mi padre- Bueno, que si necesitase algo, o la ocurriese algo... -dudaba a la hora de hablar, tratando de decir las palabras adecuadas- Ya sabe que aquí tiene su segundo hogar. Que no tiene por qué marcharse... -le miró fijamente- Lo sabe, ¿verdad?

Yo no sabía qué intentaba insinuar, pero sabía que insinuaba algo. Estaban manteniendo una conversación "en clave" para que yo no sospechase y, mi padre, trataba de llegar a una conclusión. Estaba intentando evitar que la señora Reneé se marchase, pero, ¿por qué? ¿Acaso sabía lo que le pasaba?.

-¿Ha tenido algún problema, señora Reneé? -pregunté, dando un paso hacia ella- ¿Está huyendo como los demás? -me interpuse entre mi padre y mi vecina para evitar que se dirigiesen la mirada.

-Oh, no, no, cariño -titubeó. Sabía que mentía, pero decidí seguir escuchando- Ya te lo he dicho, me voy de vacaciones. Hasta Sinni se viene conmigo -continuó mientras acariciaba la cabeza del gato que seguía llevando en brazos.

Permanecí en silencio un buen rato. Mi padre, detrás de mí, se mostraba nervioso, pero no dijo nada. Pensé que seguramente estaría pensando una historia que contarme más tarde para darme respuestas a mis preguntas. Pero nunca le creería.

-Está bien, que tenga buen viaje entonces -me giré bruscamente y caminé hacia la puerta- ¡Mande postales! -grité desde dentro de la casa, levantando el brazo sin darme la vuelta, en señal de despedida.

-Claro Ellizabeth... Lo haré... -escuché ya una vez dentro.

Me senté en las escaleras de casa y apoyé la barbilla sobre mis manos. Sabía que Reneé y mi padre seguirían hablando, pero esta vez de verdad. Yo estaba tan enfadada que me daba igual de lo que hablasen. No podía creerme que la señora Reneé, aquella mujer en la que tanto habíamos confiado, se fuese de la misma manera de la que se fueron todos los demás y, encima, mintiéndome. Esta vez sabía que no lo iba a dejar pasar, tenía que saber la verdad y no pensaba creerme ninguna historia

que se le ocurriese a mi padre. Podía averiguarlo por mí misma.

Unos minutos después, escuché a mi padre despedirse de Reneé. Levanté la cabeza para mirar por encima de las escaleras y le vi entrando en casa. Parecía decepcionado, como si él también pensase que Reneé nos había traicionado.

Caminó hacia el salón y cuando llegó al sofá se dejó caer, abatido, y echó su cabeza hacia atrás. Pensé que volvería a hacer lo mismo que llevaba semanas haciendo, quedarse allí con la mirada clavada en el techo y sin dirigirme la palabra, así que me levanté apresurada de las escaleras y me dirigí hacia él.

-Ellizabeth, siéntate -dijo para mi sorpresa, aún con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados- Vamos a hablar.

Me senté sin saber qué decir y esperé. Esperé y esperé, y cuando ya pensaba que no iba a volver a decir nada, suspiró.

-Elli, mi pequeña Elli... -alargó su brazo hasta el mío. Me tomó por sorpresa y me estremecí un poco, pero volver a sentir el calor de su mano fue muy reconfortante- Ya eres toda una mujercita y quieres saber todo -esbozó una sonrisa- Eres igual que tu madre... Cada vez te pareces más a ella.

Sus ojos se cerraron intentando contener las lágrimas y su mano me apretó el brazo. Con su otra mano, acarició mi mejilla y me tiró de la nariz, como solía hacerme de pequeña. A mí siempre me molestaba, pero esta vez me hizo sonreír.

-Sé que no puedo mantenerte alejada de la realidad, Elli -me soltó y se giró hacia mí- Pero me encantaría hacerlo. Y debes perdonarme.

No sabía muy bien de qué iba todo esto, pero mantuve mis ojos centrados en él, en cada gesto y en cada mueca, buscando signos de mentira en sus palabras. Lo único que veía era temor, y eso me asustaba.

-¿Qué está ocurriendo, papá? -pregunté, intentando parecer fuerte.

Él dudó un instante. Suspiró y tras otra pequeña pausa, me cogió de las manos.

-Elli, el mundo ha cambiado. La gente tiene miedo y está huyendo, ellos...

-¿De qué huyen? -le corté- Solo quiero saber eso.

Mi padre me miró fijamente y pude ver en su mirada deseos de contarme la verdad, pero a la vez pánico.

-Es... -miró nuestras manos- Es difícil de explicar. Digamos que es como una guerra, -mis ojos se abrieron como platos- No, no, pero sin armas, ni bombas, ni cosas así -se apresuró a decir para calmarme- La gente está amenazada Elli, tienen que irse porque les amenazan.

Me quedé pensativa durante un momento, sin apartar la mirada de la suya. No entendía nada, pero le creía. Sabía que estaba diciéndome la verdad, pero no toda. Había algo que aún le daba miedo contarme, y yo necesitaba saberlo.

De repente caí en la cuenta de algo.

-¡Mamá y Tim! -me incorporé y le apreté las manos- ¿Qué les pasó? ¿Les amenazaron? -mi tono de voz iba elevándose y mi nerviosismo aumentó- ¿Les mataron, papá? ¿Les mataron por la guerra? -al ver que mi padre no respondía empecé a sacudirle los brazos.

Él se mantuvo inmóvil, con los ojos cerrados y apretando los puños. Yo trataba de contener mi ira, pero necesitaba oír una respuesta. No podía permitir no saber que mi familia fue asesinada por una guerra que aún desconocía.

-Elli, no... Ellos no... -seguía con los ojos cerrados, para evitar mirarme, por lo que sabía que mentía- Fue un accidente Elli... Ellos no... -las lágrimas empezaron a caerlo por el rostro.

Yo estaba enfurecida y no pude controlar más las lágrimas. Lloraba de ira y de rencor, me sentía engañada y no podía perdonarlo.

-Te odio, papá -me zafé de sus manos y me levanté- ¡Te odio! -salí corriendo hacia las escaleras y subí a mi cuarto. Solo quería escapar de allí y no volver a ver a nadie nunca más.

Aquel día todo cambió para mí y fue cuando me di cuenta de la realidad en la que había estado viviendo todo ese tiempo. O quizás no toda...

Capítulo 2

CAPÍTULO 1

SECUESTRADA

La vida seguía siendo igual de dura.

Había pasado mucho tiempo desde la muerte de mi madre y de mi pequeño hermano. Habían pasado exactamente siete años.

Tim ahora tendría la edad que yo tenía cuando él murió. No podía llegar a imaginarme cómo sería, cual sería su aspecto o su personalidad. Pero estaba segura de que estaría hecho todo un hombre y que sería igual que nuestro padre. De pequeño se parecía muchísimo a él.

Y mi madre... Bueno, mi madre seguiría siendo la misma. Nos seguiría regañando por hacer alguna cosa mal, a pesar de ser ya mayores, y estaría siempre atenta a nosotros. Les echaba tanto de menos...

Mi padre había mejorado un poco. Después de una larga temporada sin hablar y sin apenas comer, decidió que no podíamos seguir de esa manera. En realidad estoy segura de que lo hizo por mí, por no verme mal, ya que se sentía culpable. Yo había estado mucho tiempo furiosa con él, pero se me terminó pasando porque en el fondo sabía que él no tenía la culpa. Pero necesitaba culpar a alguien de aquello, necesitaba desahogarme y lo hice en él. Y, por supuesto, me arrepentí.

Pero ahora nos encontrábamos mejor. Habíamos establecido una rutina que nos mantenía entretenidos y apenas teníamos tiempo para recordar lo sucedido, aunque sabía que él era en lo único que podía pensar.

Aún así, podía decirse que estábamos tranquilos. Al menos yo.

Él se preocupaba mucho por mí, apenas me dejaba salir y si lo hacía, se quedaba esperando en el porche, ansioso. Por eso terminé por dejar de salir y, si necesitaba que me diese el aire, salía al patio trasero y me recostaba en el césped. En cambio a mi padre le daba igual pasar semanas sin salir de casa. La mayor parte del tiempo lo pasaba buscando

noticias en el ordenador, o escuchando la radio. Solo cuando yo le pedía que saliese al patio conmigo lo hacía, y no era muy a menudo.

La vida por el pueblo había cambiado mucho en aquellos siete años. Ya apenas quedaban vecinos cerca nuestro y solo quedaba una pequeña tienda abierta. Me preocupaba que los dueños de la tienda terminasen yéndose también, porque entonces no tendríamos dónde ir a comprar por aquí cerca. Ni siquiera sabía si quedaba alguien en la ciudad más cercana, pues según las noticias, el ochenta por ciento de la población se había ido del país. ¿Dónde? Eso me gustaría saber.

No me creía mucho todo lo que oía por las noticias. Tampoco creía los rumores que a veces se oían por el vecindario. Era como si cada uno se inventase su propia historia para evitar la realidad, como si les diese miedo o no pudiesen contarlo. Según mi padre, un gobierno, o algo así, estaba obligando a la gente a irse a otros lugares y les amenazaban si contaban la verdad. Pero no comprendía en qué se basaban para elegir quién se iba y a dónde.

Tampoco comprendía por qué mataron a mamá y a Tim. Mi padre me explicó una vez que le obligaron a marcharse y a dejar a Tim y a mamá solos y, al desobedecer, les mataron. Pero, ¿por qué tenía que dejarles? ¿Por qué yo sí podía ir con él? ¿Por qué no me mataron a mí? Nunca se lo preguntaba porque sabía que me mentiría, y él lo agradecía, porque así no tenía que pensar ninguna historia convincente.

Aún así, yo jamás cesé en el intento de descubrir por mi cuenta qué era lo que ocurría. De vez en cuando, y sin que mi padre se enterase, me escapaba por el patio de atrás y me iba con mi bicicleta a explorar el pueblo. Fue así como descubrí que lo que antes había sido un gran pueblo ahora era un lugar en el que apenas quedaban cinco o seis familias. Aquello parecía una escena de una película apocalíptica, era como si una horda de zombies hubiesen pasado por allí y yo ni siquiera los hubiese visto.

Un día pasé por lo que antes había sido mi escuela. Como ya no quedaban profesores en el pueblo, la escuela estaba cerrada. Pero eso no era problema, porque tampoco quedaban niños. Solo había visto, y hacía ya tiempo, a la hija de los Knowledge, que apenas tenía dos años. Pero seguramente ya se habrían marchado... Como todos.

Pasar por allí me provocó una gran tristeza. Allí había pasado gran parte de mi infancia y solo tenía recuerdos maravillosos de aquello. Verlo así, desolado, sin niños corriendo en el patio, era lo último que hubiese

deseado. ¿Dónde estarían todos esos niños? ¿Estarían bien, o les había pasado lo mismo que a mi madre y a mi hermano? Prefería no pensar en ello.

Aquel día se me echó la tarde encima. Había pasado demasiado tiempo sentada frente a la escuela recordando viejos tiempos y no me había percatado de la hora que era. Cuando me dí cuenta, pensé que mi padre estaría muy preocupado y salí corriendo hacia la bici. Me monté y pedaleé lo más rápido que pude, atravesando las pequeñas calles del pueblo. La escuela estaba bastante lejos de donde vivíamos, pero en bicicleta y a esa velocidad llegaría en cinco minutos. Solo esperaba que mi padre no hubiese salido a buscarme.

Al torcer una de las esquinas, pude ver al final de la calle un bulto sobre el suelo que no recordaba haber visto antes. Frené y me bajé de la bicicleta para acercarme andado. A medida que me acercaba, me parecía ver que el bulto se movía. Pensé que podía ser algún perro callejero, o alguna manta o saco que había ido a parar allí movida por el viento. Pero cuando ya me encontraba a diez metros escasos del bulto, pude ver que tenía forma humana... Era una manta y, bajo ella, había una persona.

Me asusté. ¿Quién podía ser? Por aquella zona no quedaba nadie y, aunque quedase, ¿por qué iba a estar tirada en el suelo con una manta?

Intenté retroceder lentamente para no ser descubierta, pero el ruido de la bicicleta me delató y la persona que se encontraba allí se inorporó y se giró hacia mí, sobresaltada.

Era un hombre de avanzada edad y llevaba una descuidada barba canosa. Supuse que era un vagabundo por su aspecto y por su circunstancia.

-Anda, ¡todavía queda gente! -dijo de repente, para mi sorpresa.

Dudé sobre qué hacer. Estaba claro que lo decía por mí, pues allí no había nadie más. No supe qué contestar, ni hacia dónde ir, por lo que me limité a quedarme quieta donde estaba.

-Eres de aquí, ¿verdad? -asentí con la cabeza- Oh, vamos, pasa y siéntate, ¡no muerdo! -rió.

Dí dos pequeños pasos hacia adelante, aún con la bicicleta en la mano, y frené. No le conocía de nada ni sabía cuales eran sus intenciones, así que lo mejor era mantener las distancias. Ni mucho menos iba a sentarme en

aquel lugar con él.

-¿Qué quieres? -dijo el hombre a la vez que desenroscaba el tapón de una botella de lo que parecía ser alcohol- ¿Qué estás buscando?

-Eh, bueno... -no sabía si debía hablar con aquel hombre, pero en cierto modo me daba confianza- En realidad nada. Tan solo estaba dando un paseo.

El vagabundo se echó a reír. Era una risa algo forzada, como cuando estás triste y te ríes por compromiso. Después suspiró y me miró con curiosidad.

-Venga ya. ¿A pasear? -negó con la cabeza- Ya nadie pasea. ¿Eres de fuera? ¿Te has perdido?

No sabía qué contestar. Lo cierto era que ya nadie paseaba y que aquella respuesta por mi parte había dejado mucho que desear. Me vi en la obligación de contarle la verdad, y así lo hice puesto que me sentía segura.

-Vale, en realidad no... -el vagabundo pareció esbozar media sonrisa- Hace mucho tiempo que no veía a nadie por aquí y quería salir a explorar.

Esta vez él soltó una carcajada más sincera, se inclinó hacia atrás mientras reía y se dio un pequeño golpe con la mano en la rodilla. No entendía muy bien qué era lo que le hacía tanta gracia, pues no había dicho nada extraño, pero permanecí en silencio observándole hasta que paró.

-Eres muy graciosa, chica. ¿Quieres tomar algo? -alargó la mano con la que sostenía la botella hacia mí y negué con la cabeza- A explorar... -dio un trago- ¿Qué quieres explorar? -volvió a reír.

-¿Es que a usted no le extraña la “desaparición” de la gente? -mi tono se volvió más serio- ¿No será usted de fuera?

De pronto su rostro cambió por completo, se le borró la sonrisa de la cara en un instante. Soltó la botella y agachó la mirada. No supe qué le ocurría pero empezaba a pensar que aquel hombre estaba loco.

Di un paso hacia atrás y cogí la bicicleta, con intención de irme. Mientras, el vagabundo seguía en la misma posición y sin decir nada.

-No hay nada que explorar, chica...

Yo ya estaba alzando un pie para montar en la bicicleta cuando le escuché hablar. Me giré hacia él y observé que seguía sin moverse.

-Deberías irte a tu casa si no quieres que te pase como a todos.

-¿Qué les pasa a todos? -pregunté al instante llena de curiosidad. Él tardaba en responder y comencé a ponerme nerviosa. ¿Tendría él las respuestas que andaba buscando?

-Claro que me tomarás por un loco... -seguía hablando en voz baja y con la cabeza gacha.

A pesar de que mostraba todos los signos para tacharle de loco, una parte de mí quería creer que aquel hombre tenía conocimiento de algo que podía serme útil, y no quería irme de allí sin saberlo. Sabía que ya era tarde y que mi padre estaría muy preocupado por mí, pero en ese momento era más importante averiguar algo acerca de lo que estaba ocurriendo. Ya se me ocurriría alguna explicación para mi padre.

-Usted no está loco -me acerqué a él.

-Mary se fue porque yo estaba loco. No me creía. Y tuve que irme.

Parecía como si fuese a romper a llorar en cualquier momento, sus ojos estaban clavados en el suelo y no paraba de tocarse las manos, nervioso.

-¿Qué sabe de las desapariciones?

-¡Nadie me creyó! -me miró- Se lo avisé, ¿sabes? Se lo avisé porque me importaban -levantó un dedo-. Y, ¿sabes cual fue su respuesta?

Permanecí callada mirándole esperando a que él mismo contestase.

-Estás loco -hizo una mueca-. Toby, estás loco.

Tras esto, suspiró y volvió a coger la botella, pero no bebió. Así se quedó durante unos segundos que se hicieron eternos. Yo no sabía qué decir ni qué pensar.

La verdad es que aquel hombre algún problema sí tenía...

-Toby, ¿verdad? -le pregunté e hizo un gesto con la mano en señal de aprobación- Toby, si no tiene nada más que contarme, voy a tener que marcharme.

Toby no hizo ningún gesto más, ni siquiera me dirigió la mirada, así que decidí montarme en la bicicleta.

Estaba a punto de pedalear cuando le escuché.

-No te creas lo que te digan los cuerdos -le miré-. Si un loco como yo te dice que se acerca el fin del mundo... ¡créele! O te pasará como a mi querida Mary.

-¿Me contará algún día lo que le pasó? -pregunté, sin esperanza de recibir una respuesta satisfactoria.

-Sí. La mataron los cuerdos -rió- La mataron los cuerdos por no creer a un loco.

Suspiré, y me marché de aquel lugar.

A medida que me iba acercando a casa, me sentía más confusa y vacía que cuando salí. Aquella escapada no había servido para nada, y lo único que me llevaba era una sensación extraña por aquella conversación con el vagabundo Toby.

Era la primera vez que le veía por allí, tenía que llevar poco tiempo en la ciudad, o bien haber estado muy bien escondido. Pero lo extraño no era haberle encontrado, sino todo aquello que me había contado. Vale, que tenía toda la pinta de ser un loco y la botella no es que le ayudase mucho pero, ¿y si era cierto? A aquellas alturas nada me sorprendería.

Seguía absorta en mis pensamientos y en la conversación con aquel hombre, y no me di cuenta de algo que sucedió a mi alrededor.

Era algo tarde y las calles ya estaban medio oscuras, pero aún se podía ver. Aún así no me percaté de que había una furgoneta en movimiento hasta que no estuvo casi enfrente de mí. Apareció de la nada, sin hacer un solo ruido, o al menos yo no pude sentirlo.

Para cuando quise volver a la realidad, tuve que frenar en seco pues algo se interpuso en mi camino. Iba tan deprisa que al frenar de aquella

manera perdí el equilibrio y caí hacia un lado. Pero no llegué a tocar el suelo, porque allí se encontraba lo que se había cruzado conmigo.

Era una persona, y me sujetó.

<<Qué bien>>, pensé un momento, cuando noté los brazos que me sujetaban. <<He encontrado a alguien más y además ha tenido la amabilidad de sujetarme para no dejarme caer>>.

Quisé incorporarme y darme la vuelta para agradecer a aquella persona su ayuda, pero no pude porque aquellos brazos que me sujetaban me cogieron con más fuerza.

¿Qué ocurría? ¿Por qué no me soltaba? No sabía qué decir, se me había formado un nudo en la garganta debido al impacto inicial.

-¿Qué...? -fue lo único que pude decir, e inmediatamente después uno de los brazos me rodeó los hombros fuertemente.

Me sentía estúpida por no hacer ni decir nada, pero estaba totalmente bloqueada. Creía que se trataba de alguna broma. A lo mejor aquella persona era mi padre, porque quién más podía ser si no...

-¿Papá...? -mi voz salió entrecortada.

-No, lo siento.

Y escuché un golpe seco.

Lo siguiente que recordaba era un pitido en mis oídos. No podía escuchar otra cosa que no fuese ese sonido irritante.

También recordaba un ligero tambaleo y el sonido de unas ruedas. Como si fuese en un coche por un terreno lleno de pedruscos. Tenía recuerdos distorsionados y no estaba segura de si eran recuerdos o un sueño. Sentí un dolor punzante en la cabeza e inconscientemente me llevé la mano a la zona, y noté mi cabello duro y enrredado. Aún tenía los ojos cerrados, pero los abrí para mirarme la mano y pude ver que se trataba de sangre reseca. ¿Me había golpeado la cabeza?

¿Dónde estaba?

Al abrir los ojos lo primero que miré fue mi mano, pero no me percaté del entorno. Hasta ese momento había pensado que acababa de despertarme y me encontraba en mi habitación, pero no era así. Miré a mi alrededor, confusa y asustada, y no pude reconocer nada de aquel cuarto.

Era un lugar algo oscuro. No era una habitación cuadrada, sino que la pared de enfrente formaba un semicírculo, y en ella no había ningún mueble. Lo único que había era el colchón en el que me encontraba, algo viejo y raído, y bastante incómodo.

Me levanté de un brinco, pero no sabía qué hacer. Aún tenía la sensación de estar soñando, pero poco a poco me di cuenta de que aquello tenía que ser real.

Intenté localizar una puerta para salir de ese lugar y descubrir dónde estaba, pero no veía ninguna. Era imposible, por algún lugar tenía que haber entrado. Miré debajo del colchón, por si había alguna trampilla. Nada. Ni puertas, ni ventanas. Encerrada.

De repente el pánico se apoderó de mí. ¿Dónde estaba? Seguía sin recordar dónde había estado por última vez. ¿Me habían secuestrado? ¿Dónde estaba mi padre?

-¡Papá! -grité desesperada- ¡¡Ayuda!!

Esperé en silencio, acurrucada contra la pared, e intenté agudizar todos mis sentidos. ¿Podría escucharme alguien?

Mis sospechas fueron resueltas al momento. Pocos segundos después empecé a escuchar el sonido de lo que parecían unos pasos dirigirse hacia donde me encontraba. Estaba muy asustada, no sabía quién podría aparecer tras esas paredes, pero también deseaba ver a alguien que me ayudase a entender qué hacía yo allí.

Las pisadas se detuvieron y un ligero susurro se escuchó a través de la pared de enfrente, acompañado por un sonido metálico.

Clic, clic.

Mi cabeza comenzó a pensar desenfrenadamente y miles de ideas pasaron por ella. Pero, cuando una de ellas fue la de que aquel sonido metálico podría tratarse de un arma, mi corazón pareció detenerse. Empecé a

encontrarle sentido a aquella situación. Seguramente había sido secuestrada, no recordaba nada porque me habían drogado, y ahora iban a matarme.

Quizás aquello era lo mismo que le ocurrió a mi madre y a mi pequeño hermano. Y si era así, deseaba saberlo antes de morir.

Me acurruqué en el suelo, abrazándome las rodillas, como si así fuese a hacerme invisible. Estaba realmente asustada, pero tenía claro que no iba a rendirme con tanta facilidad.

Tras unos pocos segundos, otro ruido me sobresaltó y, de un momento a otro, un pequeño trozo de la pared comenzó a moverse. Al principio pensé que era algún tipo de alucinación, hasta que me di cuenta de que se trataba de una especie de puerta corrediza secreta. Fijándome bien, pude apreciar que al lado de esa puerta había un pequeño agujero que parecía activar el mecanismo.

-Está viva -una voz muy grave resonó tras la puerta, que se encontraba ya medio abierta.

Me asusté, e intenté hacerme más pequeña aún. ¿Qué querían de mí?

Cuando la puerta se abrió por completo, pude ver la figura de un hombre corpulento, pero no pude distinguir sus rasgos puesto que tras él la luz era cegadora. Lo que sí pude ver fue que comenzó a acercarse hacia mi posición con pasos largos.

-Levanta -me ordenó sin dejar de caminar hacia mí. Estaba totalmente paralizada y no era capaz de mirarle- He dicho que te levantes -su voz sonó cabreada.

-¿Dónde estoy? -susurré. Tenía las cuerdas vocales totalmente bloqueadas y no era capaz de pensar con claridad.

El hombre, que ya se encontraba a un paso de mí, alargó su mano hacia mi hombro y me sujetó por la camiseta. Tiró de ella hacia arriba y me hizo levantar casi de un brinco. Las piernas me temblaban y, si no hubiese sido porque no me soltó, hubiese caído de nuevo.

-Aquí no repetimos las cosas dos veces -gruñó y me empujó hacia adelante, soltándome y haciendo que cayese al suelo bruscamente.

Gemí y me quedé en el sitio. Estaba totalmente aturdida. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me estaba pasando aquello a mí?

-Quiero... irme... -balbuceé. Pude escuchar al hombre resoplar.

De repente se escucharon varios pasos caminando deprisa hacia la habitación. Por un momento pensé que sería alguien que venía a rescatarme. Quizás era mi padre, tenía que ser él.

-¡Papá! -grité como pude.

En la puerta aparecieron dos hombres. Uno de avanzada edad y otro mucho más joven. Como mis ojos ya se habían acostumbrado a aquella luz, pude distinguirlos mejor y averigüé que no se trataba de mi padre. Me quedé sin aliento.

-Sí, muchacha, eso queremos saber -dijo el hombre de avanzada edad- ¿Dónde está tu papá?

Me quedé en silencio, observándoles, todavía con un nudo en la garganta. ¿Conocían a mi padre?

-Eres la hija de Clark, ¿verdad? -insistió el hombre.

En efecto, debían de conocer a mi padre. Tragué saliva.

-¿Dónde estoy?

El hombre mayor y el chico que le acompañaba se dirigieron una rápida mirada. El otro hombre que había entrado en la habitación seguía detrás de mí y parecía tenso y cabreado. Pasaron varios segundos y ninguno de los tres dijo una palabra.

-Quiero ver a mi padre -sonaba como una niña que se había perdido en el parque, pero en aquellos momentos me sentía así.

-Nosotros también -rió el hombre mayor- Venga, vamos, dinos dónde está, muchacha.

Sentí al hombre de detrás acercarse a mí y me sobresalté. Intenté incorporarme para alejarme de él pero se me adelantó y me cogió por los hombros. Me apretaba con fuerza y me arrastró hasta escasos metros del hombre mayor.

-¡Suéltame! -Me estaba haciendo verdadero daño.

-Rick -dijo el chico que hasta ahora había permanecido en silencio al lado del hombre mayor, dirigiéndose hacia el que me sujetaba.

Ambos se dirigieron una larga mirada que parecía cargada de odio. El hombre me apretó con más fuerza y gemí de dolor, pero después me soltó. El chico volvió a mirar a ese tal Rick, esta vez con más furia, y éste resopló.

-Emanuel, deberíamos acabar con esto cuanto antes -le dijo al fin Rick al hombre mayor.

El hombre, Emanuel, suspiró y comenzó a caminar alrededor de mí, sujetándose las manos tras la espalda. Yo permanecí en el sitio frotándome los hombros, que aún me dolían. Notaba la mirada de aquellos tres hombres clavada en mí y el pánico recorría todo mi cuerpo. ¿Qué iba a pasarme?

-Mira, voy a ser breve -comenzó a decir Emanuel sin dejar de caminar a mi alrededor-. O me dices dónde está tu padre, o te mato ahora mismo.

Temblé. No sabía qué decir. ¿Para qué querían a mi padre? Tenía tantas preguntas y no era capaz de decir una sola palabra. Pero sentía que debía hacer algo o aquello podía acabar muy mal. Mi vida, y con certeza la de mi padre, estaban en peligro. Y yo era la única que podía hacer algo al respecto.

-En... casa... -no era capaz de levantar la mirada- Está en mi casa.

Emanuel pareció frustrarse, pero después comenzó a reír.

-¿Y tú de verdad piensas, querida muchacha, que si yo supiese cual es tu casa iba a estar perdiendo el tiempo con alguien como tú? -su tono de voz fue aumentando según hacía la pregunta hasta el punto de dar verdadero miedo- Rick, ¿sabes qué? Mátala, no nos va a servir de nada.

El corazón me iba a mil por hora, pero en aquel instante sentí como si no me quedase sangre en el cuerpo. Iba a morir en breve, estaba segura. Y no había podido despedirme de mi padre. Solo podía pensar en él, en lo mal que lo tenía que estar pasando, sin saber dónde estaba su hija... Él ya había sufrido demasiado, no se merecía esto otra vez.

-Espera Emanuel -el chico volvió a hablar-. Creo que puedo averiguarlo,

dame un día -Emanuel miraba con curiosidad mientras le escuchaba.

-Medio día. Y si no lo consigues, la matarás tú -dijo y, después miró a Rick, que se mostró furioso al decir aquello-. Tranquilo, Rick, puedes llevártela un rato antes de que Michael la mate.

-Lo pasaremos bien -dijo Rick acercándose a mí por la espalda y alargando sus grandes manos hacia mi cintura. Me retiré de un brinco, asustada, y Rick comenzó a reírse- Ya lo verás, zorrita.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Estaba acabada. Iba a morir y encima iba a caer en manos de aquella gente sin escrúpulos... Y mi padre jamás se enteraría. Aunque mejor así.

Rick se dirigió hacia la puerta para marcharse y, tras él, se dirigía Emanuel, no si antes lanzar una profunda mirada hacia el otro chico. ¿Michael, se llamaba?

-Medio día, Michael -y se marchó.

Yo me derrumbé.

Caí sobre mis rodillas y sentí como si no me quedasen fuerzas. Entonces empecé a llorar desconsoladamente, casi tanto como cuando me enteré de la muerte de mi madre y de mi hermano. No podía pensar en nada en aquel momento. Era incapaz de moverme, tan solo era capaz de llorar y llorar. Ni siquiera me había dado cuenta de que el tal Michael aún seguía en la habitación, hasta que noté que se acercaba.

Fue entonces cuando una sensación extraña se apoderó de mí. Estaba muy asustada, pero me sentía llena de ira. Sentí que necesitaba descargar toda esa furia en algo. Era algo que ya no podía controlar, y no pude pensar con claridad. Me dejé llevar y dejé que mi cuerpo actuase solo, por instinto, y sin premeditaciones.

Me incorporé casi sin esfuerzo y me abalancé sobre aquel chico que se acercaba a mí. En aquel momento me sentía imparable y llena de fuerza, y la concentré toda en el puño que lancé al aire y que alcanzó, afortunadamente, el mentón de Michael.

Él gimió de dolor, pues no se lo esperaba, y se encorvó sobre sí mismo, lo cual aproveché para propinarle una patada en sus partes que también le alcanzó con éxito. Esto le hizo caer de rodillas. Era el momento idóneo para dar el golpe maestro, para dejarle inconsciente y salir de allí, pero cuando me propuse volver a golpearle, Michael se me adeltantó y se lanzó

sobre mí.

-¡Para! -me gritó, a la vez que caíamos al suelo los dos.

Michael cayó sobre mí y yo me golpeé la cabeza contra el suelo. Por un momento pensé que iba a perder el conocimiento pero resistí. Aún así sentía que todo me daba vueltas, y apenas podía respirar por el peso que el cuerpo de Michael ejercía sobre el mío. Intenté patalear para zafarme de él pero ya no me quedaban fuerzas. Él me agarró de las manos y me apretó más contra el suelo.

-¡Que pares! -volvió a gritarme.

Yo gemí de dolor y en ese instante perdí todas mis fuerzas. Dejé de resistirme y me di por vencida. Comencé a llorar, de dolor y de abatimiento.

Fue entonces cuando Michael se levantó, sin dejar de sujetarme las manos. Yo seguía llorando, tirada en el suelo, como una niña desconsolada.

Michael tiró de mis muñecas y me arrastró hasta la pared, en la que me apoyó la espalda. Yo me dejé hacer, estaba agotada y había dado todo por perdido.

-Mátame ya -balbuceé. Michael me miró con curiosidad.

-No voy a hacerlo -dijo muy serio-. Aún...

-¿Vas a violarme? -le miré con pánico en los ojos y él me mantuvo la mirada fijamente.

-¿Qué dices? -rió. Yo seguía aterrada- Oye, no eres mi tipo.

Volví a echarme a llorar. Aquello me parecía surrealista. ¿Por qué me estaba sucediendo aquello? ¿Por qué no me mataban ya si iban a hacerlo de todas formas?

-Oye, que no es para tanto... -añadió Michael en tono burlón- Además, ya tenía ganas de ser yo el que rechazase por una vez -y puso cara de triunfo.

Aparte de encontrarme secuestrada y amenazada de muerte, me había tocado un asesino graciosillo. Aquella situación me sobrepasaba y ya no

sabía qué esperar.

Solo necesitaba ver a mi padre...

-Por favor, no hagáis daño a mi padre -le dije de repente a Michael, incorporándome ligeramente y con lágrimas aún en el rostro-. Por favor, te lo suplico, hacedme a mí lo que queráis.

Michael se agachó a mi lado y me escrutó la mirada. No dijo nada durante unos segundos, pero me observó con curiosidad. Parecía como si tratase de leer algo en mí, y aquello me intimidaba. Tuve que bajar la mirada y noté que él esbozaba una sonrisa.

-Creo que necesitas descansar -dijo levantándose-. Si te comportas quizás te traigan algo de comida y bebida- añadió dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Le miré marcharse, soprendida. ¿Eso era todo? ¿Iba a dejarme allí?

-Volveré más tarde -y salió por la puerta. Segundos después ésta se cerró.

Yo permanecí apoyada contra la pared, al lado del colchón y con la mirada perdida en dirección a la puerta. Estaba en shock, no podía reaccionar.

Mi cuerpo parecía no ser mío y me encontraba desorientada. Mis ojos empezaron a cerrarse lentamente y me dejé llevar.

Estaba durmiéndome, y quizás me despertaría y todo aquello sería un sueño.

Seguro que papá estaría conmigo cuando abriese los ojos.

Aquello no era más que una pesadilla.

Rick, Emanuel y Michael, no existían...

Capítulo 3

CAPÍTULO 2

ACABADA

-Levanta.

Abrí los ojos, sobresaltada.

Miré a mi alrededor y enseguida identifiqué el lugar. Recordaba exactamente todo lo que había pasado. Conocía perfectamente esa voz.

-Venga, levántate. No tenemos tiempo para esto -dijo Michael, que se encontraba arrodillado delante de mí.

Me retiré de él y me acurruqué contra la pared. Michael suspiró y se levantó.

-Oye, mira, no tenemos todo el día. Rick te estará esperando.

Mis ojos se abrieron como platos y cogí aire, aterrorizada. Le miré con preocupación y desconfianza y él me devolvió una mirada burlona.

-¿Quieres dejar de ser tan inocente? -puso los ojos en blanco- Solo era una broma -me tendió la mano-. Levanta.

Le miré a los ojos y a su mano tendida, sucesivamente, y Michael comenzó a ponerse nervioso, dando golpecitos con el pie en el suelo. Al final estiré tímidamente la mano hacia la suya y él me sujetó por la muñeca. Tiró de mí hasta levantarme y en ese momento sentí que me tambaleaba.

Vi a Michael caerse hacia un lado... No. Yo me caí hacia un lado.

De repente me encontraba apoyada en el brazo de Michael, a escasos centímetros del suelo. La cabeza me daba mil vueltas.

-Te dieron un buen golpe en la cabeza -pasó su mano por la zona que me dolía la primera vez que desperté y gemí- Esto explica tu lento

razonamiento -vaciló.

Me zafé de él bruscamente y me apoyé contra la pared para no caer de nuevo. Me dolía realmente la cabeza y tenía un buen chichón. Aún así me sentía con algo más de fuerzas.

-Vamos, tenemos que hablar -dijo esta vez en tono serio-. Sígueme.

Se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos y tuve que correr un poco para alcanzarle. No quería quedarme sola más tiempo en aquella habitación, así que le seguí a pesar de saber que podría estar yendo hacia mi propia tumba.

Caminamos a través de un pasillo largo muy iluminado, pero que no tenía nada. Las paredes eran del mismo material que las de la otra sala y observé que en varios lugares había un agujero igual al que vi junto a la puerta y me pregunté si serían más salas ocultas. También me pregunté si en aquellas habitaciones habría más personas secuestradas como yo. Pensé que si lograba salir con vida de allí, no pararía hasta averiguarlo. Todo el mundo merecía una segunda oportunidad.

Cuando llegamos al final del pasillo, Michael metió la mano en su bolsillo y sustrajo de él un llavero con una especie de alambre alargado. Lo introdujo por uno de los agujeros que había a nuestra derecha y escuché un sonido que me resultaba familiar.

Clic, clic.

Y, como esperaba, una puerta comenzó a abrirse.

¿Dónde iría a parar esta vez? Quizás a la sala de torturas, pero mientras no estuviese Rick, estaba preparada para cualquier cosa.

-Entra -me ordenó Michael, quedándose él al margen de la puerta.

Caminé lentamente, sin dejar de mirar a Michael, que parecía más serio de lo normal. Seguramente mi cara en aquellos momentos era de terror puro, pero no quería ni imaginarmelo. Una vez dentro, pasaron varios segundos hasta que mis ojos se adaptaron al cambio de luz. Miré a mi alrededor y suspiré aliviada al ver que no se trataba de ninguna sala de torturas ni nada parecido.

Aquello era una especie de salón, aunque también parecía una cocina. Tenía un par de sofás, una mesa, varios objetos decorativos y en una

esquina se encontraba un frigorífico y una pila con grifo. Los muebles estaban algo deteriorados, parecían haber sido comprados de segunda mano o encontrados en la calle. Pero aún así parecía una sala tranquila.

Michael entró tras de mí y escuché la puerta cerrarse. Yo me quedé inmóvil en mitad de la sala, con las manos cogidas y sin levantar la mirada. Michael, en cambio, caminó hasta un sofá y se dejó caer sobre él. Se quitó los zapatos y apoyó los pies sobre la mesa.

-Hogar, dulce hogar -suspiró, y se desperezó echando los brazos hacia atrás-. Siéntate -añadió sin mirarme.

Caminé lentamente hacia el otro sofá, que se encontraba bastante alejado, y me senté en el borde. Michael me miró fijamente y volví a agachar la mirada.

Sentí su mirada clavada en mí durante varios segundos, que para mí fueron eternos. No sabía qué hacer, o si debía decir algo. ¡Iban a matarme! ¿Cómo podía estar así de tranquila?

-Voy a ser muy claro contigo, señorita Clark -bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas y juntando las manos-. O colaboras, o te va a ir realmente mal.

Asentí ligeramente. No quería mirarle y tampoco quería escucharle. Me daba igual lo que dijese.

-Yo no quiero que esto acabe en drama. Hay otras maneras de conseguir las cosas -dijo bastante serio-. Pero aquí el que manda no soy yo, por desgracia. Y te aseguro que el que manda aquí tiene sed de sangre -escupió.

Le miré con ojos preocupados. ¿Significaba eso que me iban a matar, y además sin escrúpulos? Yo ya me daba por perdida.

-¿Qué queréis de mí? -lloré.

Michael dudó un instante, pero me mantuvo la mirada.

-De ti nada. Queremos a tu padre -dijo, y me alarmé.

-¿Por qué? -grité preocupada-. ¿Qué vais a hacerle? ¿Qué vais a

hacernos?

Michael notó que empezaba a ponerme nerviosa y se levantó. Caminó despacio hacia mi sofá y se detuvo frente a mí. Yo me recliné sobre el sofá y le miré atemorizada.

-Mira, si me dices dónde está, te prometo que todo saldrá bien -puso su mano sobre el reposabrazos y se inclinó sobre mí-. Tienes que confiar en mí, porque si no lo haces, señorita Clark, tu padre y tú moriréis.

Tenía su cara pegada a la mía cuando dijo esto último, y pudo notar mi respiración agitada.

¿Me estaba pidiendo que confiase en él?

-¿Qué me dices? -inclinó la cabeza hacia un lado, aún a escasos centímetros de mi cara.

-Que me llamo Ellizabeth, no señorita Clark -y le empujé.

Michael volvió a ponerse firme y esbozó una sonrisa. No entendía qué era lo que le hacía tanta gracia a ese estúpido psicópata. Ójala estuviese allí mi padre para darle un buen merecido.

Volví a haceme una bola, esta vez sobre el sofá, y Michael se sentó a mi lado. Notó que me incomodó y se alejó un poco, pero se giró para mirarme fijamente.

-Ellizabeth... Ya no tengo duda de que eres de los nuestros -dijo sin quitarme la mirada.

-¿De los vuestros? -le miré sorprendida-. Estaría muerta antes que ser de los vuestros -añadí con desprecio. Michael rió.

-Algún día te enterarás, aún eres muy inocente, pequeña Elli -se levantó-. Y bien, ¿dónde está tu padre?

Resoplé, indignada al ver que no iba a librarme de aquella pregunta. Le miré y me hizo un gesto con la ceja, esperando una respuesta. No iba a decirle dónde estaba mi padre, no iba a dejar que le cogiesen a él también para matarle. Pero si no le daba una respuesta, me llevaría con Rick y después me mataría.

Tenía que pensar algo.

-Está bien... -suspiré, intentando parecer preocupada-. Vivimos justo enfrente de la escuela... Seguro que le encontráis allí.

Michael me miró fijamente a los ojos y con un gesto muy serio. Esbozó una sonrisa que parecía malvada y sacudió la cabeza.

-Lo que tú digas -se encogió de hombros-. Voy a acercarme. Hasta entonces, permanecerás bajo la vigilancia de tu amigo Rick -añadió, y yo abrí los ojos como platos-. Si no está allí, cuando vuelva le diré a Rick que eres toda suya.

-¿Qué? -grité-. ¡No! -me aterré y me levanté rápidamente hacia él, que se había dado la vuelta y caminaba hacia la puerta-. ¡Por favor!

Michael se giró bruscamente y me choqué contra él. Antes de caer hacia atrás me sujetó por los hombros, pero con demasiada fuerza. Parecía algo furioso.

-Pues entonces no me mientas -me dijo mientras sus ojos irradiaban ira-. Te he dicho que confiases en mí -me sacudió los hombros con fuerza.

En ese momento solo pude llorar. Otra vez me sentía como una niña indefensa. Estaba totalmente perdida y lo único que quería era ver a mi padre, aunque fuese una última vez. Tenía que pedirle perdón por haber salido yo sola sin haberle obedecido. Aquello no hubiese pasado de no ser por mí. Estaba tan arrepentida...

-Déjame... Llevarte hasta él -le supliqué a Michael, entre lágrimas-. Por favor... necesito verle una vez más... -las palabras se me atragantaban-. Luego puedes matarme... Por favor, yo te llevaré...

Michael suspiró y me soltó. Yo continué llorando y él mientras me observaba, pensativo. A lo mejor funcionaba, quizás le hacía cambiar de opinión y tenía una última oportunidad. Necesitaba que funcionase.

-No vuelvas a mentirme -dijo-, o desearás que el que lo haga sea Rick -sonaba muy amenazante.

Balbuceé un <<vale>> y me enjuagué las lágrimas. Ambos permanecimos un instante sin decir una palabra y tras ese momento incómodo Michael se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de nuevo.

-Vamos, nos vamos -dijo sin mirar atrás.

Yo le seguí de cerca. Estaba muy asustada y no entendía por qué me sentía más segura si iba al lado de la persona que me tenía bajo amenaza de muerte. Pero en aquellos instantes no me importaba, lo único que se me pasaba por la cabeza era idear un plan para que Michael no encontrase a mi padre y yo pudiese escapar.

Yo era rápida corriendo, y quizás podía intentar huir de él una vez estuviésemos fuera. Aunque estaba algo cansada y sentía el cuerpo totalmente dolorido, intentaría sacar las fuerzas de cualquier parte y a toda costa. Solo tenía una oportunidad y no iba a dejarla pasar.

De repente, y como si Michael me leyese la mente, se paró en seco y me dijo:

-No intentes correr. Te alcanzaré, y te mataré.

Me estremecí. Negué con la cabeza enérgicamente, intentando convencerle de que no iba a ir a ninguna parte.

-Sabes, creo que necesitas pasar un tiempo con otras compañías -dijo muy serio-. Vete a tu habitación, Ellizabeth. Llamaré a Rick, tengo unos asuntos que resolver -y me señaló hacia el final del pasillo, donde se encontraba la sala en la que me retenían.

Estaba en shock. ¿Era verdad? ¿Sería alguna de sus broma? No podía creer que fuese a llevarme con Rick... No podía ser verdad. Quise hablar pero no me salió la voz. Y de repente me vi a mí misma caminando hacia la habitación de la muerte. Estaba hundida.

Michael, que iba detrás de mí, se quedó fuera de la puerta e insertó el alambre en el agujero exterior. La puerta comenzó a cerrarse a escasos centímetros de mi espalda. Yo me giré rápidamente e intenté caminar hacia Michael pero la puerta se cerró con rapidez. Lo útimo que pude ver fue la fría mirada de Michael, y después escuché su voz tras la pared.

-Rick vendrá en unos minutos... Ponte cómoda -y se marchó.

Aquello no podía estar pasando. Yo me esperaba lo peor, y no sabía qué hacer al respecto. Tenía tanto miedo que me empezó a recorrer un sudor frío por todo el cuerpo.

¿Qué iba a pasarme? ¿Por qué no me habían matado ya si es lo que querían? ¿Por qué tenían que torturarme de aquella manera?

Me fui al fondo de la habitación y me acurruqué en la esquina más oscura. Rezaba por no ser vista. Suplicaba porque nadie viniese a por mí. Prefería morir allí de hambre y sed. No sabía qué era lo que me esperaba, y sentí un odio inmenso hacia Michael. ¿Confiar en él? Estaba muerta por confiar en él.

Tuve poco tiempo de prepararme. No pasaron más de cinco minutos cuando volví a oír el sonido de la puerta. Temblé como nunca antes lo había hecho y mi respiración se volvió tan agitada que tuve que taparme la boca con la mano para no hacer tanto ruido.

-¿Dónde estás, zorrita? -aquella voz me atravesó como un cuchillo afilado-. No tengas miedo de mí, en el fondo soy buen tipo.

Escuché sus pasos dentro de la habitación. Yo seguía hecha una bola en la esquina, pero sabía que Rick me descubriría. Seguramente ya me había visto.

-¿Qué haces ahí tan tapadita? -giró su cabeza hacia donde yo me encontraba y un suspiro de pánico que mi mano no logró contener salió de mi boca-. Vamos, ven a jugar conmigo.

Comencé a llorar en silencio, temiéndome lo peor, y cerré los ojos. No podía ver aquello, no podía ver a aquel hombre de casi dos metros y de espaldas anchas acercarse hacia mí con cara de degenerado. Sentía la necesidad de gritar y salir corriendo pero mis músculos estaban tan rígidos que no era capaz de mover un solo dedo. Me limité a quedarme en aquella esquina, llorando y sin abrir los ojos.

Grité cuando sentí su enorme mano agarrarme por el brazo para levantarme. Intenté gritar de nuevo pero su otra mano me tapó la boca. Me dio la vuelta bruscamente y me empujó contra la pared. Sentía todo su cuerpo sobre el mío y apenas podía respirar. Lloraba desconsolada, sabiendo que nadie iba a escucharme y que si lo hacían no iban a ayudarme. Pensé en mi padre, en el daño que esto le haría si se enterase.

Rick me agarró el pelo con fuerza y tiró de él hacia atrás. Arrimó su cara a mi cuello y comenzó a olerme, sin dejar de tirarme del pelo.

No sentía dolor, no podía sentir nada. Solo podía llorar.

-Cállate, zorra estúpida -escupió y me soltó el pelo, para cogerme del cuello y apretar mi cabeza contra la pared.

Con la mano que tenía libre comenzó a bajar mi pantalón. Me sacudí con todas mis fuerzas, pero era tanto el peso de su cuerpo contra el mío que apenas podía moverme. Traté de arañarle con las manos, que las tenía libres, pero Rick me apretó el cuello con más fuerza y tuve que sujetarle la mano para poder respirar. Aprovechó esto para conseguir desabrocharme el pantalón y bajármele.

Yo no dejaba de gritar, todo lo que mis pulmones y la mano de Rick me permitían. Mi cabeza ya no era capaz de pensar, estaba totalmente bloqueada y sentía ganas de vomitar. Jamás me imaginé que algo como aquello fuese a ocurrirme a mí, y por un momento pensé que era una pesadilla.

Pero la realidad era esa y lo peor estaba apunto de suceder. Aquel sucio hombre iba a violarme y después me matarían. Mi vida estaba acabada. Y la de mi padre también.

-Esto te va a encantar, zorrita -gimoteó Rick, babeándome la oreja.

Rick comenzó a introducir la mano con la que me había bajado los pantalones por el interior de mi camiseta. Mis piernas estaban temblando, y de no ser por la presión del cuerpo de Rick sobre el mío, hubiese caído al suelo.

Su áspera mano recorrió mi vientre y subió hasta rozar mi sujetador. Sentí que hacía más presión con su cuerpo sobre mí y gemí de dolor, pues ya apenas podía respirar. Sabía que no debía hacer más ruidos, me había dado cuenta de que quejarme le gustaba y le volvía más agresivo, así que lloraba en silencio. De todas formas, ya no me quedaban fuerzas ni aliento para gritar.

Pero su mano no se detuvo. Trató de introducirla por el interior del sujetador, pero mis zarandeos agitados se lo impedía por lo que, cabreado, me apretó el pecho haciéndome realmente daño. Grité, y él rió.

Estaba derrotada.

Sabía que aún quedaba la peor parte, y no podía imaginarme lo horrible que podía llegar a ser. Seguía sin poder pensar en nada. Sabía perfectamente lo que iba a suceder, y nadie iba a evitarlo. ¿Por qué tuve que salir de casa? ¿Por qué no volví pronto?

Y llegó el momento más temido. Escuché, tras mis sollozos, el sonido metálico de lo que supuse que sería su cinturón, y cerré los ojos con fuerza, como si así pudiese irme de aquel lugar.

Clic, clic.

Y un sonido lo acompañó.

De repente la presión sobre mi cuerpo disminuyó y la mano que había sobre mis pechos desapareció rápidamente. No entendía lo que pasaba, ¿qué iba a hacerme ahora?

-¿¡Qué cojones estás haciendo!? -una voz familiar resonó a lo lejos.

-¿Qué coño haces tú aquí? -gritó Rick.

-¡Suéltala! Aléjate ahora mismo de ella, ¡ya! -escuché, mientras en mi cabeza resonaba un pitido.

Comencé a ver todo negro.

-No es asunto tuyo, ¡lárgate!

-¡He dicho que la sueltes! Voy a matarte.

-Hazlo si te atreves.

-¡Voy a darte una paliza!

-¡Te estoy esperando!

-....

Y caí al suelo, mareada y sin entender nada de lo que ocurría. Escuchaba unos gritos al lado mío, dos personas discutiendo. Pero no veía nada y el pitido de mi cabeza me impedía entender lo que decían. Sentía que iba a vomitar en cualquier momento y me arrastré hacia la esquina.

-Emanuel me dio permiso -gritó Rick, enfurecido-. ¿Quién cojones eres tú para impedírmelo?

-Soy su hijo -reconocí, al fin, la voz de Michael-. Y tengo tanto poder como él. Lárgate o te mato ahora mismo.

La discusión continuaba y yo seguía sin entender nada. Estaba desorientada y no sabía qué era lo que me había pasado exactamente.

¿Me había violado Rick? Me sentía sucia y abusada. Era una sensación horrible.

Pasaron varios minutos hasta que finalmente escuché el mismo ruido metálico y la luz que entraba por la puerta desapareció. Seguía con los ojos entrecerrados y no sabía si aquellos dos seguían allí o si se habían marchado. Me daba miedo moverme, no quería tener que volver a pasar por lo mismo, así que esperé.

De repente noté una respiración algo agitada cerca de mí y me asusté. Me di la vuelta hacia la esquina, sentada en el suelo, y me tapé la cara con las manos. Me di cuenta entonces de que tenía la camiseta subida y los pantalones bajados, y me apresuré a taparme con las manos a la vez que me acurrucaba sobre mí misma. Al quitarme las manos de la cara pude ver que Michael se encontraba a unos metros de distancia, arrodillado en el suelo.

La mirada que crucé con él fue muy fugaz, pero pude notar preocupación en sus ojos. Se le veía abatido, como si acabase de perder una batalla. Parecía que quería decir algo, pero ninguna palabra salía de su boca.

Yo seguía hecha una bola, llorando en silencio y llena de terror y ansiedad. No sabía qué hacer, tenía miedo de que volviesen a hacerme lo mismo, prefería morir de una vez. Y sentí que Michael lo notó.

-Lo siento... -le entendí dificilmente, pues apenas fue un susurro.

Permanecí inmóvil, con la mirada baja y sollozando. ¿Lo siento? No entendía nada...

-Elli... -susurró-. Elli, lo siento -su tono era de preocupación-. Por favor, dime algo... ¿Estás bien?

Michael alargó su mano hacia mí y, como la habitación estaba a oscuras, rozó mi pierna sin querer y me asusté. Él retiró la mano rápidamente y yo me eché a llorar de pánico. Quería salir de allí, necesitaba estar con mi padre y que él me consolase... ¿Por qué tenía que estar aquí Michael?

-Ellizabeth, por favor... Lo siento mucho -le costaba pronunciar las palabras-. Jamás pretendí esto. No imaginaba... -tragó saliva-. No imaginé que pasaría esto... Ese Rick...

Yo seguía llorando sin parar y apenas escuchaba lo que me decía. ¿De verdad estaba intentando consolarme el hombre que me había enviado a mi violador?

Sentí cómo Michael se levantaba y me alivió saber que se marchaba, pero de repente le noté más cerca de mí. Temblé e intenté retirarme, pero me

lo impidió sujetándome con suavidad pero firmemente del hombro.

-Tranquila, por favor... -dijo y estiró su mano hacia mi camiseta.

Yo me sacudí, asustada. ¿Ahora quería hacerlo él? No me lo podía creer.

Sin embargo, Michael tiró suavemente de mi camiseta hacia abajo, colocándomela. Yo tenía los ojos cerrados y las manos encima de la de Michael, intentando frenarle. Después, dirigió su mano hacia mis piernas, las cuales seguían temblándome, y tiró de mis pantalones hacia arriba. Yo me incorporé ligeramente para colocármelos, y enseguida me zafé de su mano, empujándola.

-Espero que sepas perdonarme algún día, Ellizabeth -susurró, muy cerca de mí-. Nunca imaginé que ocurriría. Debo compensártelo... -hubo un silencio-. Te ayudaré a escapar, Elli, pero tienes que confiar en mí...

Aquellas palabras volvieron a provocar en mí una furia que no podía contener. Sentí que la cara me ardía y me apreté los puños hasta hacerme daño. ¿Que confiase en él? ¿Otra vez? ¡Eso sí que no me lo podía creer!

Le miré a los ojos, llena de odio, y me mordí el labio. Mi respiración se estaba agitando y creía que iba a perder el control. Michael me miraba confuso y arrepentido, pero yo solo veía el rostro de un secuestrador y de un traidor. Deseaba matarle con mis propias manos.

-Elli... -susurró.

-No. Me llames. Elli.

Y mi puño, descontrolado de nuevo, impactó contra su cara. Michael cayó al suelo y yo me incorporé como pude. Me lancé sobre él y comencé a pegarle puñetazos en cualquier parte del cuerpo que alcanzase. Escuchaba a Michael gemir de dolor y pude ver que su cara estaba llena de sangre, pues relucía bastante, pero no dejé de golpearle. A pesar de no sentir los puños, seguía teniendo fuerza en ellos y cada vez le golpeaba con más furia, desahogándome y liberándome. Solo podía recordar el miedo que había sentido hacía unos instantes y aquello alimentaba mi ira.

Michael, que intentaba quitarme de encima suyo, logró atrapar en el aire uno de mis puños y me retorció la muñeca. Esto hizo que cayese hacia un lado y Michael aprovechó para ponerse encima de mí. Aquella posición ya me era familiar y, por desgracia, llevaba las de perder.

Aún así seguí lanzando puñetazos al aire con el puño que tenía libre, a la vez que pataleaba con todas mis fuerzas, pero Michael se mantuvo firme. Al final logró atrapar mi otra mano y me sujetó los brazos hacia arriba contra el suelo.

-Ellizabeth, escúchame, por favor -me dijo acercando su cara a la mía, y una gota, que parecía una lágrima pero que resultó ser sangre, me calló en la mejilla.

Me mantuvo sujeta durante un tiempo, mientras yo seguía pataleando hasta que finalmente fui perdiendo energía. Resoplaba de indignación, pues ya no me quedaban fuerzas. Mientras, Michael se matenía inmóvil, mirándome fijamente a los ojos. Le miré, y comencé a llorar de frustración.

No aguantaba más. Ya no me quedaban fuerzas ni veía sentido a la situación. Lloré, sacudiendo la cabeza, mientras Michael seguía sujetando mis manos y sentado sobre mí. Poco a poco fue liberándome, pero yo estaba tan desolada que no me di cuenta.

Yo seguía llorando cuando Michael ya se había quitado de encima mío. Ya no tenía mis manos agarradas, pero yo seguía en la misma posición. Me veía incapaz de moverme, no sentía ninguna parte de mi cuerpo, y tampoco sabía qué hacer o dónde ir.

Entonces sentí un brazo rodear mis hombros e incorporarme. Sentí a alguien arrodillado junto a mí. Sentí otro brazo sobre la parte baja de mi espalda.

Y después sentí un cálido y fuerte abrazo. Y me dejé abrazar. Y lloré.

Capítulo 4

CAPÍTULO 3

VUELTA A CASA

-Prometo que te compensaré, Ellizabeth... -susurró aquella persona que me estaba abrazando.

Volví en mí. Abrí los ojos y asimilé la situación. ¿Estaba abrazando a Michael? La persona que me había mandado de vuelta a aquella trampa para ser violada. La persona que me había pedido que confiase en él para ello, y que ahora me pedía que confiase de nuevo en él.

Le empujé.

-¿Cómo te atreves? -grité- ¡Tendría que matarte!

Michael me miraba fijamente, con el rostro descolocado. Tenía la cara ensangrentada, el labio partido, y la mirada perdida en la mía. Su cara parecía de culpabilidad, pero era un sucio truco de psicópata.

-Te mostraré la salida -susurró sin dejar de mirarme-. Sígueme, si quieres... Eres libre.

Se levantó y caminó lentamente hacia la puerta. Dudé un instante pero finalmente me levanté y fui detrás de él, manteniendo las distancias. Esa vez estaba segura de que correría sin mirar atrás.

Michael salió de la habitación y caminó hasta aproximadamente la mitad del pasillo. Allí, en una de las puertas de la izquierda, introdujo el alambre y esperó a que se abriese la puerta. Yo en cambio seguía al principio del pasillo. Cuando la puerta se abrió y él entró, me acerqué con cautela y me asomé.

Allí dentro había otra habitación vacía pero igual de iluminada que el pasillo. Michael caminó hasta el otro extremo de la sala con el alambre aún en la mano, y lo introdujo en otro agujero. Otra puerta se abrió, y dirigió una fugaz mirada hacia atrás para comprobar si yo seguía allí. Desvié mi mirada y caminé hacia la puerta.

-Elli... - le lancé una feroz mirada y carraspeó- Ellizabeth. Ahora debes hacerme caso... No puede verte nadie.

Me crucé de brazos y le puse cara de desconfianza y él suspiró. Se dio la vuelta y siguió caminando, esta vez más rápido. Tuve que dar un pequeño impulso para no quedarme demasiado atrás y enseguida le alcancé.

Se le notaba tenso y, de vez en cuando, paraba en seco y cerraba los ojos, concentrándose en algo. No sabía a qué venía todo aquello, pero pensé que simplemente estaba loco.

Seguimos caminando a través de varias salas, todas ellas vacías y laberínticas, y de la misma manera: un rato andar deprisa, y otro rato parar a reflexionar. Empezaba a aburrirme.

-¿Michael? -una voz resonó a través de una de las paredes.

-¡Mierda! -susurró Michael y, sin darme tiempo a reaccionar, me cogió del brazo y tiró de mí hacia una puerta.

-¿Qué estás haciendo? -recriminé- ¡Suéltame!

-¡Shhh! -Michael me puso la mano en la boca con suavidad y me empujó con él dentro de la habitación contigua.

La puerta se cerró delante nuestra y Michael volvió a poner la mano sobre mi boca.

-Ellizabeth, intenta cabrearte -me susurró-. Ponte furiosa.

Yo no entendía nada. Intenté quitarle la mano de mi boca, pero apretó con más fuerza. ¿Qué se supone que estaba haciendo?

Por un momento pensé que aquello se trataba de otra trampa. Pensé que había conseguido llevarme hasta aquella habitación pequeña para poder hacer lo que Rick intentó. Sentí mucha impotencia por haber caído de nuevo.

-Te prometo que te lo explicaré, Elli -me susurró al oído-. Enfádate, por favor.

Intenté empujarle con mi espalda, pero me sujetó con mucha fuerza y apenas podía moverme. No quería gritar ni quejarme, porque no quería darle ese gusto como a Rick. Esta vez volvería a sacar mi fuerza y le pegaría. Él no iba a tocarme. Claro que no.

-¡Suéltame! -balbuceé con la boca tapada.

-¿Michael? -la misma voz de antes volvió a resonar, esta vez más cerca- ¿Has sido tú?

De repente y por sorpresa, Michael me empujó contra la pared del mismo modo en que lo había hecho Rick. Me sobresalté pero no sentí miedo, sino ira.

-Lo siento... -me pareció escuchar, mientras notaba una mano colarse por mi cintura.

Aquello me dio la fuerza suficiente para girarme. Me coloqué de frente a Michael y me deslicé hacia abajo por la pared y, en la bajada, aproveché para propinarle un puñetazo en sus partes. Michael quedó doblado por la mitad y reprimió un quejido.

Yo quería darle una paliza, tenía deseos de matarle. Pero pensé que quizás era el momento idóneo para escapar. Reprimiría mis deseos de golpearle y aprovecharía para salir de allí corriendo.

Tuve el reflejo instantáneo de alargar la mano hacia su bolsillo y sacar de él la llave. Michael ni siquiera se había recuperado del golpe aún, por lo que mi plan había funcionado, iba a conseguir escapar.

Pero justo cuando me disponía a girar la llave para abrir la puerta, Michael me sujetó por la cintura y tiró de mí hacia atrás. Antes de que pudiese hacer ningún ruido, él ya me estaba tapando la boca con una mano. No me esperaba aquella rapidez.

Estaba algo confundida y no sabía cómo reaccionar. Era una situación muy extraña y no entendía por qué estaba sucediendo aquello. ¿Acaso le importaba a Michael que me viesen por allí? ¿Es que trataba de liberarme de verdad? No podía creerlo después de intentar meterme mano, del mismo modo que Rick. Estaba condenada a ello, tarde o temprano tenía que aceptarlo.

Pasaron varios minutos en los que permanecimos así, sin movernos y en silencio. Micahel seguía sujetándome por la cintura con una mano y tapándome la boca con la otra, para evitar hacer ruido. Yo estaba algo incómoda, porque no sabía qué estaba pasando, pero decidí esperar.

La espera se hizo eterna, pero al fin Michael me soltó. Me miró fijamente y se llevó un dedo a la boca.

-No hagas ruido. Quédate aquí, por favor -susurró, y me costó entender lo que decía.

Yo estaba totalmente confundida y aprovechó ese momento para quitarme las llaves de las manos. Me quedé inmóvil y él abrió la puerta y salió lentamente. Echó un vistazo a ambos lados de la sala y cerró sus ojos unos segundos. Otra vez parecía haberle dado la locura, como si estuviese hablando con alguien dentro de su cabeza. Yo seguía dentro de la pequeña habitación, en shock, hasta que finalmente se giró hacia mí y me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiese. Dudé un instante, pero tampoco tenía ningún plan mejor. Quizás así lograse escapar de algún modo.

Mantuve las distancias con Michael, y él lo notó. Aún así no cesó en su paso, pero de vez en cuando echaba la mirada atrás para ver si le seguía y, si estaba muy lejos, paraba unos segundos. Yo evitaba cruzar su mirada con la mía, pues sentía deseos de matarle y no pensaba que fuese el momento idóneo para ello.

Caminamos varios minutos, atravesando muchas salas que a mí me parecían exactamente iguales pero que Michael parecía conocer y distinguir de sobra. No sabía hacia dónde iba ni si aquello era otra trampa, pero en aquel momento todo eso me daba igual. El único pensamiento que me quedaba era mi padre, y el daño que esto estaría haciéndole.

No sabía cuánto tiempo llevaría fuera de casa, pero solo deseaba que mi padre no saliese en mi búsqueda y le encontrasen a él también... Pero se trataba de mi padre. Él no iba a quedarse en casa a esperarme.

-Ellizabeth -Michael se giró bruscamente hacia mí, frenando en seco, y yo me asusté. Di un paso hacia atrás, y él se mantuvo en el sitio-. Ellizabeth, escúchame con atención -parecía serio.

Le escruté la mirada y pude leer en ella algo de temor. ¿De qué iba a tener miedo aquel secuestrador? Ni siquiera podía temer a la policía, pues en mi ciudad ya no quedaban. Pero había algo en él que me decía que estaba preocupado por algo.

-¿Dónde me estás llevando? -espeté- ¿Vas a matarme ya o qué?

Michael suspiró y negó con la cabeza. Agachó la mirada y se dio media vuelta, pero me hizo un gesto con la mano para que le siguiese. No sabía por qué, pero lo hice.

-Escúchame -insistió-. Ésta es la última sala. Es la salida, pero tienes que hacerme caso -se agachó ligeramente para estar a mi altura y mirarme

fíjamente a los ojos, pero le aparté la mirada-. Es muy importante que pases desapercibida. Si te ve alguien, date por muerta -añadió mientras me cogía del brazo.

Intenté disimular el escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Aún seguía pensando que aquello era una trampa, pero quería comprobarlo. A lo mejor era cierto que Michael estaba loco y me estaba dejando escapar.

Antes de que pudiese abrir la boca, Michael introdujo la llave en la puerta que teníamos enfrente, la que llevaba, supuestamente, a la última habitación. Quizás era la última habitación porque era en la que me matarían. Pronto iba a descubrirlo.

-Tienes que correr hacia la derecha. Ve pegada a la pared y agáchate -me dijo Michael, cogiéndome por los hombros-. Yo atravesaré la sala para despistar a alguien, si le hubiese -hizo una pausa-. Pero lo más importante, Ellizabeth...

Esperé a que terminase la frase, y al ver que no decía nada, arrugué la frente. Él me acosaba con la mirada en silencio, como si tratase de robar mis pensamientos más íntimos, y me sentí vulnerable.

Tuve que cerrar los ojos para librarme de la presión que estaba ejerciendo sobre mí con tan solo sus ojos, y un escalofrío me recorrió toda la columna. Él pareció darse cuenta, porque me sujetó los hombros con más fuerza.

-Lo más importante, Ellizabeth -dijo al fin, sin dejar de mirarme-, es que cierres tu mente.

No entendí aquello. Y parecía que no iba a darme ninguna explicación más, porque tiró de mí hacia la puerta y me empujó hacia dentro de la sala.

Corre.

Su voz resonó dentro de mi cabeza y me giré para mirarle, perpleja, pero él ya se encontraba caminando hacia el centro de la gran sala. ¿Qué acababa de suceder?

He dicho que corras. O tu padre morirá.

Volví a escuchar su voz, esta vez más intensa, dentro de mi cabeza, como si se tratase de mis propios pensamientos. ¿Acaso me había vuelto loca yo también por su culpa? Aún estaba perpleja pero mi cuerpo reaccionó por instinto al escuchar aquello y eché a correr, algo agachada, y sin despegarme de la pared.

No pude fijarme en ningún detalle de la sala, pero parecía ser similar al resto, solo que mucho más grande. Apenas había luz, como en el resto de las salas, pero mis ojos ya estaban acostumbrados a aquella oscuridad por lo que podía distinguir ciertos objetos. Afortunadamente, no vi a nadie a mi alrededor, por lo que iba algo más tranquila.

Seguí avanzando a lo largo de la pared, con la mano pegada a ella por si encontraba el agujero que accionase alguna puerta. Me detuve en seco.

¿Cómo iba a salir de allí sin ninguna llave? Todas las puertas se accionaban de la misma manera, y dudaba mucho que aquella sala se diferenciase del resto. Michael me la había jugado de nuevo, y yo había caído como una estúpida.

Tienes la llave en el pantalón. La puerta está a unos metros.

Me sobresalté y, con los ojos abiertos como platos, me llevé la mano al bolsillo de mi pantalón y pude comprobar que allí tenía la llave. Me quedé inmóvil, no entendía lo que estaba ocurriendo, y las manos empezaron a sudarme.

¿A qué esperas? Lárgate ya.

Miré a mi alrededor, intentando localizar a Michael, pero ya no había rastro de él. El final de la habitación estaba envuelto en la oscuridad y no

se podía apreciar ninguna silueta. Tampoco se escuchaba ningún ruido.

Y que sepas que no estoy loco, Elli.

Noté un zumbido en la cabeza, y la voz desapareció. Seguí sin moverme durante unos instantes, hasta que finalmente tragué saliva y volví a apoyar la mano sobre la pared. Caminé hacia adelante, lentamente y con pasos más inseguros y, un par de metros delante de mí, pude ver la ranura del cerrojo. Suspiré aliviada y me apresuré a introducir la llave.

Antes de accionarla, pensé en qué habría detrás de la puerta. Si todo aquello había sido una trampa, ese sería mi fin, pero al menos lo habría intentado. Y si resultaba que no lo era y aquello era realmente la salida, me preguntaba dónde aparecería y cómo llegaría hasta mi padre.

Al final me decidí a girar la llave, y la puerta comenzó a abrirse. Temí que hiciese demasiado ruido y me descubriesen en el último momento, pero me giré y no vi a nadie a mi alrededor. Tomé aire y me preparé para salir corriendo.

La puerta se abrió del todo y tras ella la luz era algo más intensa. Cuando mis ojos se adaptaron, pude ver que se trataba de un túnel, no demasiado ancho. Estaba lleno de tuberías y el suelo se encontraba encharcado, pero no dudé en atravesarle corriendo. Miré una última vez hacia atrás, por si alguien me había seguido, pero la puerta ya se había cerrado.

¿Era libre?

Corrí todo lo que pude por aquel interminable túnel, hasta que pude divisar una intensa luz a lo lejos. No se parecía a la luz de los pasillos que había recorrido. Era una luz mucho más natural, parecía luz del sol. A medida que me acercaba, mi rostro iba dibujando una sonrisa que no pude contener.

Cuando me encontraba a escasos metros del final del túnel, pude divisar un objeto apoyado contra la pared. Enfoqué la mirada y descubrí que se trataba de mi bicicleta. Llegué hasta ella y me apoyé contra la pared, jadeando y sin apenas respiración.

Me llevé una mano a la cabeza y apreté los ojos con fuerza, pues aún seguía sin entender lo que me había pasado hacía apenas un momento. No comprendía por qué había escuchado así la voz de Michael en mi cabeza. Fue muy real, yo no estaba loca.

-¿Sigues ahí? -me dije a mí misma, en voz alta y sintiéndome estúpida.

La única respuesta fue el sonido de una gota de agua al caer contra el suelo, y suspiré, poniendo los ojos en blanco. Aquella experiencia sin duda me había vuelto loca.

Me monté en la bici y pedaleé despacio hasta el final del túnel, y tuve que taparme los ojos para no deslumbrarme. Era la luz de sol. Estaba fuera. Era libre.

Me sentí llena de energía de un momento a otro, y comencé a pedalear desenfrenadamente sin saber hacia dónde dirigirme. Seguía sin saber dónde estaba, pero ya lo averiguaría. Por el momento me encontraba en una explanada, y a lo lejos pude divisar un sendero. Me dirigí hacia él, con la esperanza de que me llevase de vuelta a casa.

Estuve más de media hora pedaleando a través del sendero y sentía que mi cuerpo iba a ceder en cualquier momento. Aún así no quise parar, no podía permitir que volviesen a cogerme, y sabía que en cuanto se diesen cuenta de mi desaparición volverían a por mí.

Tenía que llegar y encontrar a mi padre antes que ellos, y marcharnos de aquel lugar. Tendría que explicarle muchas cosas a mi padre, muchas de las cuales ni yo misma llegué a comprender aún.

Estaba absorta en esos pensamientos cuando ante mí apareció un terreno conocido. Se trataba del patio de atrás de mi escuela, y al verlo se me iluminó la mirada. Al fin estaba en casa. Al fin volvería con mi padre y me sentiría a salvo.

Saqué fuerzas de donde ya no me quedaban y pedaleé por aquellas conocidas calles. Pasé por el lugar en el que me había encontrado con aquel vagabundo, y allí solo quedaba un cartón y una lata vacía. Me dio miedo pensar que quizás había pasado más tiempo del que me imaginaba, y que quizás mi padre ya no estaría en casa, pero aún así continué.

Cuando llegué a la manzana en la que se encontraba mi casa, tuve que bajarme de la bicicleta. Los ojos se me habían llenado de lágrimas y apenas veía. Estaba muy nerviosa y necesitaba abrazar a mi padre cuanto

antes.

Corrí con la bicicleta hasta el jardín de mi casa y la tiré sobre el césped. Me apresuré hacia la puerta, secándome las lágrimas con la camiseta, y la aporreé.

-¡Papá! -grité- ¡Papá, soy yo! -no podía contener las lágrimas.

Seguí aporreando la puerta, esperando impacientemente a que mi padre la abriese, pero parecía no estar. No podía creer que después de llegar hasta allí no iba a poder encontrarle.

Corrí a la parte de atrás para intentar entrar, pues normalmente dejábamos la puerta trasera sin cerrojo. Cuando llegué, empujé la puerta y esta se abrió bruscamente. Suspiré aliviada, y me apresuré a entrar.

-¡Papá! -grité mientras recorría la cocina- ¿Dónde estás? ¡Papá, estoy en casa!

Mis esperanzas de encontrarle allí habían desaparecido, pero no podía dejar de llamarle. Sentí el impulso de dejarme caer sobre el sofá y acurrucarme allí durante días y días, pero me reprimí. Justo cuando pretendía dirigirme hacia las escaleras, vi algo inusual en la cocina.

Me acerqué al frigorífico y vi una nota enganchada con un imán. Mi padre nunca dejaba notas en el frigorífico, y aquello me extrañó. Cogí la nota e intenté leer lo que ponía, pues parecía haber sido escrito demasiado rápido.

-Le tene... -leí en voz alta, mientras agudizaba la vista- ¿Le tenemos? Nosotros -dudé un instante-. ¿Le tenemos nosotros?

Dejé caer la nota.

Me quedé sin respiración y volví a notar un escalofrío por todo mi cuerpo. No supe cuánto tiempo permanecí así, pero para mí fue eterno. Mi cuerpo no era capaz de reaccionar, a pesar de que mi mente estaba excesivamente activa.

Le habían encontrado. Habían llegado antes que yo... Aquello no era posible.

Noté cómo las piernas me temblaban y tuve que sujetarme a la encimera para no caer. El esfuerzo físico empezaba a notarse, y precisamente en

mal momento.

Aún no sabía cómo reaccionar. No sabía dónde ir, ni sabía si mi padre aún seguiría vivo. Por un momento pensé que lo mejor hubiese sido haberme quedado allí secuestrada. Así quizás hubiese visto a mi padre una última vez.

Rompí a llorar, y me dejé caer al suelo, pero ni siquiera me dolió el golpe. Me quedé tendida en el suelo, llorando, y aquella situación me hizo recordar a mi padre llorando de la misma manera por la muerte de mi hermano.

Yo estaba maldita. Toda mi familia había muerto, y sentí verdaderamente que yo tenía la culpa. Miles de pensamientos me rondaron la cabeza, pero ninguno de ellos podía evitar ya lo que había sucedido. En aquel momento, me arrepentí de no haber dejado que aquellos hombres me matasen. Lo que Rick me hizo... Aquello no era nada comparado con lo que acababa de ocurrirme.

Un ruido en el jardín me sobresaltó.

Me incorporé, pero me quedé agachada en el suelo tras la encimera. Quizás habían vuelto a por mí, y estaba dispuesta a defenderme. Pagarían por todo el daño que me habían hecho, eso lo tenía claro.

Sin hacer mucho ruido, alargué la mano hasta el cajón en el que guardaba los cuchillos. Traté de hacerme con el más grande y le empuñé con firmeza. Tras esto, escuché el crujido de una puerta y supuse que sería el de la puerta trasera. Notaba el latido de mi corazón en mis oídos, y tuve que respirar profundamente para tranquilizarme. Aún así, no era miedo lo que sentía.

Me moví con sigilo por detrás de la encimera y traté de asomarme hacia la puerta. Con un movimiento rápido saqué la cabeza y volví a esconderme enseguida. No pude ver nada raro, allí no había nadie.

De repente noté un crujido detrás de mí. Asustada, me giré con la mano con la que sostenía el cuchillo por delante de mí y este impactó contra algo, cayéndose después de mis manos.

-¡Ah...! -gimió alguien.

Me aterroricé y, sin ver quién era aquella persona, traté de darme la vuelta y huir. Pero, al intentar levantarme, una mano me agarró del tobillo

haciéndome caer, y grité.

-¡Shhh! ¿Estás loca? -aquella voz me resultó familiar.

Atemorizada, me giré hacia él lamentando no tener el cuchillo en la mano y, en efecto, pude comprobar que se trataba de Michael.

-¿Qué...? -gruñí- ¿Qué cojones haces aquí? -intenté levantarme pero Michael seguía sujetándome el tobillo.

-¿Quieres callarte? -me dirigió una mirada feroz- Joder, estoy tratando de pasar desapercibido y tienes que aparecer tú.

Antes de poder decir una sola palabra al respecto, Michael me tapó la boca con tanta agilidad como siempre. Yo estaba perpleja y no entendía por qué siempre que ocurría algo tenía que estar aquel chico de por medio.

-Mira, ya sé que esto para ti es... Nuevo -dijo sin retirar su mano de mi boca-. Pero no puedes andar haciendo siempre lo que te dé la gana. Es imprudente -continuó-. Tienes que seguir mis consejos.

-¿De qué estás hablando? -murmuré cabreada tras la mano de Michael.

-Se han llevado a tu padre -dijo, y de repente todo mi cuerpo se tensó. Michael retiró la mano de mi boca lentamente.

-¿Se han llevado a mi padre? -le recriminé- Querrás decir que os habéis llevado a mi padre.

Me abalancé hacia el cuchillo, pero a pesar de tener a mi favor el factor sorpresa, Michael supo adelantarse y me cogió por las muñecas.

-Oye, mira, deja de verme con malos ojos. Estoy tratando de ayudarte -me dijo y reí irónicamente al escucharle-. En serio. Y puedes estar tranquila, tu padre no está muerto.

Las lágrimas comenzaron a escaparse de mis ojos sin control. Me daba vergüenza mostrarme así de débil delante de aquel psicópata, pero no pude controlarlo. A pesar de odiarle con todas mis fuerzas, una parte de mi cabeza me dijo que podía creerle, y sentí ese alivio al oírle. Pero seguía sin entender cómo habían llegado antes que yo a mi casa, y cómo había conseguido seguirme Michael.

-Creo que ya se han ido -siguió diciendo Michael, ignorando mis lágrimas-, pero puede que vuelvan a buscarte cuando se den cuenta de que has

desaparecido. Deberíamos irnos pronto.

Me zafé bruscamente de sus manos, y esta vez sí le pillé por sorpresa. Me levanté de un brinco y él hizo lo mismo después.

-Deberías irte tú -grité-. Yo no voy contigo a ninguna parte. Deberías irte si no quieres morir -le amenacé.

Michael se echó a reír y se dio la vuelta. Aquello me puso mucho más furiosa y me agaché en un rápido movimiento hacia el cuchillo del suelo. Michael no se dio cuenta y aproveché aquello para acercarme a él con el cuchillo en la mano. Cuando alcé la mano, dispuesta a lanzar una cuchillada a sus espaldas, éste se dio la vuelta en una milésima de segundo y me inmovilizó. Ni siquiera le vi venir. Me había sujetado la mano con la que sostenía el cuchillo, retorciéndome el brazo y obligándome a girar.

-No sé por qué no has aprendido aún la lección, Elli -me susurró al oído, mientras me sujetaba la otra mano para evitar que me moviese.

Me retorcí unos instantes, pero lo único que conseguía era hacerme más daño en el brazo, por lo que al fin desistí. Cuando perdí las fuerzas que me quedaban, comencé a llorar de nuevo, desconsoladamente. Michael, sin embargo, no me soltó.

-¿Qué quieres de mí? -musité entre lágrimas.

-Nada -respondió Michael tras un instante-. Ya te dije que no eras mi tipo.

Michael me soltó y yo permanecí de espaldas a él, aún con el cuchillo en la mano pero sin dejar de llorar. Noté que se alejaba y que se dirigía hacia la entrada principal, pero lo ignoré. Ya no me importaba lo que sucediese, para mí aquella situación era ya inexplicable y sabía que cualquier cosa podía suceder.

A pesar de no confiar en Michael, tuve que creerme lo que dijo acerca de mi padre. Necesitaba creer que era cierto que seguía vivo, que aquellos tipos no le habían matado. Seguramente todo aquello lo tenían ya planeado y pretendían matarnos a los dos a la vez, y Michael era el encargado de mí. Con suerte, me llevaría de vuelta al lugar en el que estuve retenida, donde me encontraría con mi padre y allí nos matarían a los dos por quién sabe qué motivo.

Dejé caer el cuchillo cuando mis lágrimas cesaron y me sequé las mejillas. Suspiré y me giré hacia la entrada, buscando con la mirada a Michael. Le

vi asomado por la ventana con cautela, escondiéndose.

-¿Quién se ha llevado a mi padre? -dije sin moverme del sitio y en tono serio- ¿Han sido tus dos amigos?

Michael se giró hacia mí con curiosidad. Apoyó una mano en su cintura, haciéndose el interesante, y suspiró.

-Lo primero -comenzó a decir, poniendo los ojos en blanco-, no son mis amigos. Y lo segundo, esa es una pregunta que responderé cuando dejes de comportarte como una cría -siguió mientras caminaba lentamente hacia mí.

Me enfurecí al oírle decir aquello, pero traté de controlarme. No sabía qué se había creído aquel secuestrador de pacotilla.

-No es que tú seas el más indicado para decir eso -me crucé de brazos-. Así que quiero una respuesta. Y la quiero ya.

Traté de parecer lo más seria posible, pero Michael no pudo evitar esbozar una sonrisa de superioridad. Ese comportamiento suyo me irritaba al máximo y tenía que luchar por controlar mis ganas de matarle.

-Dado que no es el mejor momento para sentarnos a tomar el té mientras charlamos, -dijo Michael, aún caminando hacia donde yo me encontraba-, te seré breve. Yo también necesito descansar, ¿sabes?

Esperé pacientemente a que terminase de hablar, pero Michael siguió acercándose a mí lentamente con mirada burlona, haciendo que me sintiese cada vez más tensa.

-Mira, si quieres volver a ver a tu padre, tienes que obedecerme -abrí los ojos como platos-. Sí, vale, ya sé que no confías en mí por todo lo sucedido, pero creo que no tienes un plan mejor -me miró ladeando la cabeza-. ¿O sí?

Suspiré, frustrada, y dudé sobre qué contestarle.

-Sí -dije al fin-. Matarte a ti y a todo tu grupito. Ese es mi plan.

Michael soltó una carcajada. Yo sentí que la cara me volvía a arder y me apreté los puños. No sabía qué me estaba ocurriendo, pues nunca antes me había sucedido nada parecido. Michael podría conmigo, eso ya lo había comprobado. Pero en aquellos momentos de ira me sentía imparable y

capaz de avalanzarme sobre todo aquél que se pusiese por delante.

Tenía miles de preguntas en la cabeza. Tenía tantas cosas por resolver que no sabía en cual de ellas pensar. Todo lo que me había sucedido en aquel período indeterminado de tiempo era de lo más extraño y aún seguía teniendo la sensación de que tan solo sería una pesadilla de la que despertaría en algún momento.

Pero mi furia era muy real, los moretones de mi cuerpo eran reales, y la persona que tenía allí delante era muy real. Aquello estaba sucediendo y no podía evadirme.

Michael debió notar que estaba divagando, pues me miraba con mucha curiosidad. Parecía, como tantas otra veces, querer leer mis pensamientos y, lo peor de todo, es que parecía conseguirlo. Cada vez que me miraba de aquella manera me sentía desnuda por dentro.

Aquello me hizo recordar lo que sucedió mientras trataba de escapar de aquella enorme sala. Recordé las voces que escuché muy cerca de mí, tan cerca que las sentí dentro de mí y que, además, era la voz de Michael. Tuve la necesidad de preguntarselo, pero temí que me tachase de loca.

-¿Te preguntas qué fue lo que oíste cuando huías? -dijo Michael, para mi sorpresa.

Me quedé atónita. ¿Acaso podía leer mi mente? Su pregunta me descolocó por completo y por un instante sentí miedo.

Michael, sin embargo, seguía mirándome fijamente con una sonrisa intimidante en la cara. Aquella mirada perversa que parecía querer manipularme estaba consiguiendo atravesar la mía hasta mis pensamientos. Aparté la mirada, pues me sentía hipnotizada.

-No te asustes. Lo irás entendiendo -dijo, y volví a mirarle.

¿Entender el qué? ¿Que un grupo de psicópatas con superpoderes me había secuestrado y quería matar a mi padre? Aquello era de locos.

-¿Cómo haces eso? -fue lo único que pude preguntar, mirándole sorprendida-. ¿Eras tú, dentro de mi mente? -sacudí enérgicamente la cabeza- No, espera... ¿me habéis drogado? ¿Me estoy volviendo loca?

Michael rió y puso los ojos en blanco. Dio un paso largo hacia el frente, hasta colocarse justo enfrente de mí, pero no me retiré. Con una mano

cogió mi barbilla y tiró suavemente de ella hacia arriba, hasta que sus ojos miraban directamente a los míos. Me mantuve así, con el rostro serio, durante un buen rato, escrutándole la mirada.

Sus pupilas parecían dilatarse y la sensación de hipnosis volvía a aparecer. Sentí un escalofrío recorrerme desde la nuca hasta la parte baja de la espalda y por un instante cerré los ojos. Cuando los abrí, observé que la mirada de Michael seguía clavada en mí, cada vez con más intensidad, pero su rostro estaba completamente serio. Entonces noté un zumbido en la cabeza e instintivamente me llevé una mano a la sien.

No estás loca, Elli.

Me sobresalté, abriendo los ojos como platos, pero Michael ni siquiera pestañeó. Quise hablar pero no supe qué decir. Se me ocurrió contestar a aquella voz que había resonado en mi cabeza, pero sentí que si lo hacía me volvería loca de verdad, por lo que esperé en silencio, tratando de no pensar en nada.

Contéstame. Estoy contigo. ¿Puedes sentirlo?

Era como si mi cabeza tuviese una doble conciencia que trataba de comunicarse conmigo y que, además, esa otra conciencia era Michael, el hombre que tenía delante de mí observándome fijamente y que me había secuestrado.

Me acordé entonces de Toby, el vagabundo al que encontré un poco antes de ser secuestrada, y de su historia acerca del fin del mundo. Recordé que me dijo que debía hacer caso a los locos, o si no acabaría siéndolo yo. Por un instante me sentí identificada, en aquella situación, y decidí darle una oportunidad a la locura.

-¿Qué me estás haciendo? -dije en voz alta, mirando a Michael.

Shhh. No hables. No hace falta. Pues hablar conmigo por aquí. No dejes de mirarme.

¿De verdad estaba pidiéndome, mediante una voz en mi cabeza, que hablase con él através de pensamientos? Pensaba que ya lo había visto todo, pero por lo visto me equivocaba. Lo intenté.

<<¿Qué está sucediendo?>>, pensé.

Pues lo que eres capaz de hacer. Esto es lo que eres. Te dije que eras de los nuestros.

<<¿De los vuestros? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué sois vosotros?>>, contesté en pensamientos a aquella voz, sintiéndome estúpida.

¿Es que no sabes nada? Los avanzados, ya sabes... Debieron de dártelo siendo muy joven.

No entendía nada de lo que había dicho. ¿Avanzados? ¿Darme el qué? La cabeza se me llenaba de miles de preguntas y no era capaz de concentrarme en ninguna. Y tener una segunda voz en mi cabeza no es que ayudase demasiado.

Para, no pienses tan rápido. Concéntrate, estás haciendo que te pierda.

La cabeza comenzó a dolerme y sentía una enorme presión en la sien. Los ojos me escocían y necesitaba cerrarlos, así que pesatañeé varias veces. Tras hacerlo, noté un pequeño zumbido en la cabeza y otro escalofrío me recorrió la espalda. Apreté los ojos con fuerza y me llevé una mano a la cabeza, tratando de mitigar el dolor, pero no fue suficiente. Tuve que darme la vuelta y, al fin, el zumbido cesó.

La presión de mi cabeza disminuyó y tomé aire. Estaba desconcertada por lo que acababa de ocurrir, pero no podía pensar en nada en ese momento.

-Joder -resopló Michael-. Justo en el mejor momento.

Me volví hacia él y le miré muy sorprendida.

-¿Qué has hecho? -grité-. ¿Qué acaba de ocurrir?

Michael dudó un instante. Se frotó un ojo y cogió aire para hablar.

-Te lo voy a decir del tirón -dijo mientras seguía frotándose los ojos-, porque si no nunca me dejas acabar. Por si no lo sabías, que no entiendo por qué -puso los ojos en blanco-, hay personas que tenemos... ciertas capacidades, por decirlo de alguna manera. Nosotros nos encargamos de coger a gente que no tiene estas "capacidades" y de darles la oportunidad de tenerla. ¿Me sigues?

Yo le miraba sin entender nada, pero asentí lentamente.

-El caso es que, si alguien se niega a ello, Emanuel, mi padre, se encarga de... eliminarlos -abrí los ojos como platos-. Él es el que manda, ya sabes...

-¿Matáis a la gente? -grité-. ¿Por qué?

Michael permaneció callado un momento, y de repente empecé a comprender muchas cosas. Quizás aquella era la respuesta a las desapariciones de la gente.

-Oye, yo no mato a nadie -espetó Michael-. No me mires así. Yo solo... voy a por ellos.

Di un brinco y me quedé boquiabierta. Sentí que si no me controlaba, me entraría un ataque de ira de un momento a otro.

-¿Qué? -dije al fin-. ¿Para eso me secuestraste? ¿Sin darme la oportunidad? -pensé un instante-. Espera un momento... ¿Y por qué dices que soy de los vuestros?

-Porque lo eres -dijo Michael con indiferencia.

-¿Y por qué íbais a matarme entonces? -grité, desesperada.

Michael suspiró y caminó hacia una silla. Se dejó caer en ella y echó la cabeza hacia atrás, mientras cerraba los ojos.

-Ya te dije que no iba a matarte. Nadie iba a matarte, o eso creo. Buscábamos a tu padre -parecía cansado mientras hablaba.

Me acerqué con pasos furiosos hacia él y me coloqué delante con los brazos cruzados. Sentía que estaba a punto de echar humo por las orejas.

-¿Para matarle? -escupí-. ¿Para matarle como a todos los demás?

-No lo sé, Elli -dijo lentamente y sin abrir los ojos-. Él también era de los nuestros, ¿sabes? Mira, no le des tantas vueltas.

La sangre me hervía por todo el cuerpo. ¿Que no le diese tantas vueltas? Era muy fácil decirlo desde el lugar del secuestrador.

-¿Y tengo que quedarme tan tranquila después de saber que han secuestrado a mi padre para seguramente matarle? -se me formó un nudo en la garganta.

-No, pero nada te impide darte un respiro -dijo Michael mientras se incorporaba-. Escucha, le encontraremos. ¿Las habitaciones están arriba? -señaló hacia las escaleras-. Yo me voy a dormir un rato.

No podía creer lo caradura que era aquel tipo, pero estaba tan confusa y cabreada que no pude decir ni una sola palabra. Tuve que quedarme donde estaba, impotente, mientras veía a Michael subir a la planta de arriba con aire despreocupado. Aquello era surrealista, y yo seguía sin despertarme.

Cuando perdí de vista a Michael, me sentí agotada y tuve que dejarme caer al suelo. Caí de rodillas y, lentamente, me apoyé contra la encimera. Cerré los ojos y me abracé las rodillas y, sin hacer ningún ruido, comencé a llorar.

Echaba de menos a mi padre y necesitaba tenerle allí conmigo. Quería creer que Michael estaba en lo cierto, y ansiaba volver a verle y preguntarle por todo aquello. Si esa historia era cierta, tenía miles de preguntas que hacerle a mi padre.

Sin darme cuenta, mis pensamientos fueron cesando y me dejé llevar por el sueño. Llevaba mucho tiempo sin dormir y me sentía agotada, por lo que no tardé en caer en la oscuridad y el silencio.

Capítulo 5

CAPÍTULO 4

MANIPULADA

Me desperté algo aturdida.

No sabía dónde estaba. Recordaba haberme quedado dormida en un lugar muy incómodo, pero cuando abrí los ojos me encontré arropada sobre un sofá. Era el sofá de mi casa.

Miré a mi alrededor, sobresaltada, esperando encontrar por allí a mi padre o algo que me indicase que había tenido una pesadilla, pues así lo sentía. El salón estaba oscuro pero pude ver, junto a la ventana, la figura de un hombre.

-¡Papá! -grité mientras me incorporaba.

El hombre se dio la vuelta, sobresaltado, y me miró fijamente.

-Joder, me has asustado -contestó una voz familiar.

Me detuve en seco.

Aquel hombre no se trataba de mi padre, sino de Michael, y aquello no había sido una pesadilla. Tragué saliva, intentando contener las lágrimas, y me tapé la cara.

-Tu cama es muy cómoda -dijo Michael acercándose al sofá-. No sé por qué has preferido dormir en el suelo -se encongió de hombros-. Allí cabíamos los dos.

Le lancé una feroz mirada y Michael esbozó una sonrisa. Se sentó cerca de mí e instintivamente me alejé de él. No quería verle y mucho menos sentirle cerca.

-¿Cuánto tiempo vas a estar enfadada conmigo? -siguió hablando solo Michael- Ya te he dicho que te ayudaría a encontrar a tu padre. ¿Qué más

quieres?

Noté que me miraba con curiosidad y levanté la cabeza. Me giré hacia él y le miré fijamente. Alcé una mano y señalé con ella en dirección a la puerta de la entrada.

-Que te largues y desaparezcas de mi vida. Eso es lo que quiero -dije sin titubear.

-Como quieras... -contestó Michael, encogiendo los hombros mientras se levantaba del sofá.

Se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás con pasos decididos y, al llegar a la puerta, se dispuso a abrirla. Yo, sin saber por qué, me asusté.

-¡Espera! -dije de inmediato, y él ladeó la cabeza- ¿Te vas de verdad?

-Claro. Es lo que quieres -respondió rápidamente mientras abría la puerta-. ¿Por qué?

Aquello me cabreó, y me crucé de brazos.

-No, por si podías ya de paso sacar la basura... -dije molesta.

Michael rió y se dio la vuelta hacia mí.

-Así que no quieres que me marche... Vaya, vaya -esbozó una sonrisa.

Yo me sonrojé. ¿Cómo se atrevía? ¡Claro que quería que se fuese!

Michael cerró la puerta con el pie y caminó hasta la cocina, hasta llegar al frigorífico. Le abrió y, tras un rato observando, sacó de él un plato de macarrones que mi padre había dejado sin probar, y una lata de cerveza. Cogió un tenedor y se sentó en una silla, al lado de la encimera y, sin más dilación, comenzó a comer. Yo le miraba sin dar crédito a lo que veía.

Tras unos instantes viéndole comer como si allí no pasase nada, me levanté, furiosa, y me dirigí hacia él.

-¿Qué pretendes? -le intimidé, apoyando una mano en la encimera y otra en el respaldo de la silla en la que estaba sentado- ¿A qué estás jugando?

-¿Por quién me tomas, Elli? -dijo con la boca llena- Oye, los macarrones exquisitos.

Resople, furiosa, y le di un manotazo en la mano, haciendo que se le cayese el tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca.

Para mi sorpresa, Michael se levantó de golpe de la silla y me empujó hasta la pared. Apoyó sus dos brazos sobre ésta, acorralándome, y acercó su cara a la mía. Seguía masticando la comida y me miraba fijamente, con la cabeza ligeramente ladeada. Tuve que retirar la cara hacia un lado debido a lo cerca que se encontraba de mí.

-Ellizabeth -dijo mientras terminaba de masticar-. ¿De verdad piensas que si fuese a matarte a ti, o a tu padre, estaría aquí comiéndome estos ricos macarrones mientras tú lloriqueas como una niña?

Tragué saliva. No supe qué responder.

-Te he contado más de lo que debería, y aún no has sabido agraderlo -se acercó aún más a mí con su cuerpo-. Dime, ¿cómo piensas agradecérmelo?

-No tengo nada que agradecerte... -musité.

-Lo tendrás -concluyó, mientras pegaba su cara a la mía.

Sus labios rozaron mi mejilla y yo cerré los ojos. Sentí cómo se acercaba a mis labios y cuando los noté sobre los míos, le empujé y le di una bofetada.

Michael apenas se inmutó, y esbozó una sonrisa burlona. Se apartó de mí, sin dejar de mirarme, mientras yo resoplaba llena de ira.

-Si crees que eso impediría que te bese -dijo, sin dejar de sonreír-, lo llevas claro.

-Eso no... -dije en voz baja-. Pero esto sí.

Y le propiné un puñetazo en el labio.

Esta vez Michael gimió de dolor y se llevó la mano a la cara. Yo estaba preparada para volver a atacar si intentaba acercarse, pero él permaneció inmóvil durante un largo tiempo. El labio comenzó a sangrarle e hizo todo lo posible por limpiarse la sangre.

Entonces vi algo extraño en aquello. El color de su sangre no era el habitual... Parecía relucir más de lo normal, como con un tono plateado. Observé con curiosidad y, Michael, al darse cuenta, se dio la vuelta. Se dispuso a caminar hacia el salón pero le sujeté el brazo. Aunque no tenía

la suficiente fuerza como para pararle, él frenó en seco.

-¿Ya te has quedado agusto? -preguntó.

-¿Qué le pasa a tu sangre? -contesté, obviando su pregunta.

Michael se giró y me miró fijamente. Pude apreciar con mayor facilidad en los restos de sangre que le quedaban en el labio que ésta relucía en exceso. Era la primera vez que veía algo así.

-Es sangre. Así es la de todos. ¿La tuya no? -dijo extrañado.

Le miré, arqueando una ceja, y negué con la cabeza. Michael se cruzó de hombros.

-¿Acaso eres un extraterrestre, o algo así? -reí irónicamente- Nadie tiene la sangre así.

-Nosotros sí. Es lo que pasa cuando te vuelves de los nuestros -dudó un instante- ¿Cómo es que tú no la tienes?

Michael me miró con recelo, entrecerrando los ojos, y volvió a acercarse a mí. Aproveché para mirar más detenidamente su labio inferior, que era el que sangraba, y noté que Michael se incomodó. Aún así seguí observándolo.

-Se supone que eres de los nuestros... -dijo, pensativo, sin dejar de mirarme- Pero eres algo extraña.

Le lancé una mirada de odio pero Michael ni se inmutó. Seguía escrutándome la mirada, mientras parecía reflexionar sobre algo, y yo esperé a que me aclarase aquello.

-Quizás por eso mi padre te buscaba -dijo al fin.

-¿Qué? -pregunté sorprendida- ¿A mí? Yo no tengo nada que ver con vosotros.

Michael rió levemente y sacudió la cabeza.

-Yo no sé qué es lo que tienes que ver -dijo, mientras apoyaba su mano en mi hombro-. Pero estoy seguro de que eres importante en todo esto -hizo una pausa-. Mi padre no perdería el tiempo secuestrando a... alguien como tú.

Aparté su mano de mi hombro, enfadada, y resoplé. Cada vez que hablaba sentía ganas de abofetearle, pero traté de controlarme.

Aquello parecía cada vez más una broma, y de muy mal gusto además. Hacía apenas unos días, suponía, me encontraba en mi casa con mi padre viviendo una vida más o menos tranquila, intentando olvidar nuestro pasado y adaptándonos al presente. Pero, de un día para otro, todo aquello había cambiado y entonces me encontraba totalmente sola. Bueno, sola no. Mi secuestrador, un extraterrestre que podía meterse en mi mente, me acompañaba. ¿Cómo no iba a pensar que me había vuelto loca?

-Ignoraré ese comentario -dije, aún cabreada-, porque tengo cosas más importantes en las que pensar.

-Tranquila, Elli -vaciló Michael-, la cabeza pensante aquí soy yo. Tú limítate a controlar tus ataques de rabia -añadió, frotándose el mentón, y me golpeó el hombro suavamente.

Cogí aire, a la vez que cerraba los ojos, y lo expulsé suavemente. Sabía que cabreándome no llegaría a ninguna parte, y tampoco me sentía con fuerzas suficientes para hacerlo. En lo único en lo que podía pensar era en ir a buscar a mi padre cuanto antes, pero no sabía hacia dónde dirigirme.

Sabía que necesitaba de la ayuda de Michael para encontrarle, a pesar de no confiar en él. Aunque se tratase de una trampa, estaba convencida de que correría ese riesgo, para al menos poder ver una última vez a mi padre. Debía conseguirlo.

Me di la vuelta y caminé hacia el sofá donde me dejé caer. No podía mirarle a la cara mientras le pedía aquello, pues me avergonzaba.

-Michael -dije desde el sofá. Él no contestó-. Necesito que me lleves hasta mi padre -hice una pausa, suspirando-. Por favor.

Noté cómo Michael se acercaba hacia mí por detrás del sofá. Cuando llegó, apoyó sus dos manos en él, a ambos lados de mi cabeza, y se inclinó para mirarme. Yo permanecí con la cabeza agachada y cerré los ojos.

-Te dije que lo haría -me susurró-. Pero me gusta que me pidas las cosas.

-¿Te sientes más poderoso así? -puse los ojos en blanco.

Michael rió y se apartó del sofá. Se dio la vuelta y, como imaginaba, se sentó a mi lado. Yo no le miré.

-No -dijo, mientras sentía su mirada clavada en mí-. Siento que confías en mí.

Me giré rápidamente hacia él, con los ojos muy abiertos. Me sorprendió que pudiese pensar que confiaba en él. Después de todo lo que me había hecho...

-Tampoco tengo muchas más opciones -le dije al fin-. Pero no, no confío en ti.

Michael pareció sentirse ofendido por aquello, pero enseguida cambió su rostro, cuando clavó su mirada en mí como solía hacer.

-¿Ya estás leyéndome la mente? -pregunté molesta, cruzándome de brazos.

Michael se echó a reír y tardó un buen rato en parar. Yo permanecía observándole perpleja y muy molesta. Me sentía intimidada cada vez que hacía aquello, y él parecía no darse cuenta.

Cuando paró de reír, sacudió la cabeza y se acercó más a mí. Alargó su mano hasta mi brazo, separándomele del cuerpo, pues aún seguía con los brazos cruzados, y me cogió la mano. A pesar de sentirme muy incómoda, no la retiré, pero me quedé mirando fíjamente el lugar en el que teníamos ambas manos.

Michael, con la mano que tenía libre, me cogió de la barbilla y me hizo mirarle.

-Sé que todo esto te asusta -susurró-, y que es nuevo para ti. Pero veo cosas en ti, a través de tu mirada, que demuestran más de lo que piensas -yo le miré con curiosidad-. Y también veo que no me tienes tanto odio como parece.

Michael esbozó una sonrisa y yo fruncí el ceño. Intenté retirar la mano pero él me la sujetó con fuerza, y desistí. ¿Qué estaba diciendo? Yo sabía muy bien lo que pensaba de él, y sabía que le odiaba. ¿Qué otra cosa iba a sentir que no fuese odio?

-Estás muy equivocado -dije en voz baja, bajando la mirada.

Michael se acercó a mi cara, pero no pude darme cuenta a tiempo.

-Yo creo que no -y me besó.

Aquello me pilló por sorpresa. Cuando Michael apoyó sus labios sobre los míos, yo levanté la mirada hacia la suya. Él me miraba fijamente, tratando de buscar algo en mi interior, y yo traté de no pensar en nada. No quería que viese mis pensamientos, no quería sentirme expuesta a él. Pero aquella mirada penetrante me atrapó y no supe controlar mi mente.

Apenas fueron unos segundos, pero por mi cabeza pasaron miles de pensamientos, y no pude centrarme en ninguno. Me sentía hipnotizada bajo aquella mirada y mi cuerpo así lo demostró, quedándose completamente paralizado. Uno de mis pensamientos era el de abofetearle, pero mis manos parecían no estar recibiendo la orden de mi cerebro. Sin embargo, otro pensamiento bastante intenso fue el de dejarme llevar, y comencé a sentir que mi cuerpo sí estaba cumpliendo aquella orden.

Al darme cuenta traté, con dificultad, de apartar mi mirada de la suya. Entrecerré los ojos hasta que al fin pude cerrarlos del todo y librarme de aquella presión que se colaba en mi cabeza.

Tras esto, pude soltar mi mano de la suya, pero antes de que pudiese hacer algo Michael se apartó de mí. Permanecí inmóvil durante un instante y Michael esbozó una sonrisa. Aquello me devolvió a la realidad y sacudí la cabeza. Estaba confusa, no entendía por qué no había sido capaz de impedir que me besase.

-No vuelvas a hacerlo -fue lo único que pude decir-. Nunca más.

-Está bien -Michael se encogió de hombros-. Tampoco besas muy bien.

Fue la gota que colmó el vaso y, sin pensarlo, me abalancé hacia él. Pero Michael parecía que ya se lo esperaba y antes de impactar contra él, me sujetó por la cintura y me empujó hacia atrás, cayendo sobre el sofá. Él se colocó sobre mí y me sujetó los brazos con firmeza, haciéndome un poco de daño.

-No me apetece jugar ahora -dijo, con la cara muy pegada a la mía y con tono burlón-. Vámonos antes de que nos encuentren aquí... Y así -añadió,

bajando la mirada hacia nuestros cuerpos.

Yo pataleé hasta zafarme de él y me retiré, sacudiéndome la ropa. Estaba realmente cabreada pero seguía bastante confusa, sin entender por qué Michael era capaz de controlarme así con la mirada. Me sentía impotente y con ganas de llorar, pero no quería mostrarme débil ante él, por lo que pude controlarme. Me encogí de hombros y le hablé sin dirigirle la mirada.

-¿Dónde vamos?

Michael dudó un instante, pensativo, y se incorporó. Se dirigió hacia la ventana y miró a través de la cortina con cautela. Permaneció allí unos instantes, oteando las calles en busca de algún indicio de que alguien nos vigilase. Pareció no divisar nada, pues se giró tranquilo hacia mí.

-Iremos de nuevo a nuestra base -dijo Michael mientras caminaba de un lado a otro del salón. Yo temblé, pero él no se dio cuenta-. Entraré yo, y comprobaré si tu padre se encuentra allí. Tú mientras esperarás en el túnel.

-¿Y si me ve alguien? -pregunté, preocupada.

-Para eso tendrás que esconderte. No puedo ser tu niñera todo el tiempo -contestó despreocupadamente-. Si tu padre está allí, intentaré sacarle por el túnel, aunque será complicado.

-¿Por qué?

Michael hizo una pausa. Parecía reflexionar, como si estuviese imaginándose el plan en su cabeza. Yo le observé con curiosidad, pero a la vez preocupada. Si él, que era el secuestrador, lo veía difícil, no quería imaginarme cómo sería entonces para mí.

-A ti era fácil llevarte a cualquier parte -dijo, en tono serio y sin importarle la mirada que le lancé-. Pero con tu padre será más complicado. Él no va a confiar en mí, y tampoco puedo traerle a la fuerza como a ti -se encogió de hombros.

-Dile que vas a llevarle conmigo -espeté, algo molesta.

-No me creerá. Él tiene más capacidades que tú y no podré acceder a su cabeza, como hago contigo, para hacerle que me crea.

Permanecí en silencio durante un instante, reflexionando acerca de lo que Michael acababa de decir. Aquello implicaba muchas cosas, pero lo

principal era que aquello significaba que me había manipulado para que le creyese.

Me replanteé que todo aquello hubiese sido un sucio truco para que escapase y así poder seguirme hasta mi casa y llevarse a mi padre. Si era así, no sabía cómo habían conseguido llegar antes que yo, pero no lograba encontrar otra teoría. Michael había confesado que había conseguido meterse en mi cabeza para hacerme creerle. Aquello estaba muy mal, me había manipulado, sin yo saber cómo, y encima no tenía ningún escrúpulo a la hora de afirmarlo.

Me pregunté cómo podía haber llegado al extremo de darle toda aquella confianza. Aquel chico me había secuestrado con fines de matarme, me había expuesto a Rick, y me había liberado para seguirme hasta mi casa. Y todo eso, además, aprovechándose de mí mediante unos poderes extraterrestres que decía no ser el único que los poseía. Y pretendía que le creyese.

Michael pareció notar que estaba dándole vueltas al asunto. Eso, o que quizás estaba leyéndome la mente para saber en qué pensaba, pues no dejaba de mirarme. Entrecerré los ojos, como si así pudiese bloquearle el paso, y me crucé de brazos.

-¿Sabes qué? Creo que no voy a ir a ninguna parte contigo.

Michael se sorprendió, o fingió hacerse el sorprendido, ya no me creía nada.

-¿Por qué dices eso ahora? -dio un paso más hacia mí- No he dicho nada raro. ¿No? No entiendo qué es lo que te pasa.

Solté una pequeña risa de indignación. Que se hiciese el loco en aquel momento no era un punto a su favor, y mi nivel de enfado iba en aumento.

Él continuó mirándome fijamente, con cara de no entender nada, y yo me mantuve con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados. Parecía que aquel método funcionaba realmente y le impedía acceder a mí. Lo último que iba a ocurrir desde aquel momento era que volviese a controlarme como había hecho hasta entonces.

Pasaron apenas unos segundos, que parecieron minutos, y al fin Michael habló de nuevo.

-Ellizabeth, cuando entiendas todo lo que ha estado sucediendo, me

comprenderás.

Su tono de voz era muy distinto al habitual, como si tratase de ser franco conmigo.

-Sé que ahora todo lo que te diga va a sonarte a mentira, y lo entiendo. Yo tampoco me fiaría de alquien como yo -puso los ojos en blanco-. Pero créeme cuando te digo que tu padre sigue vivo y que vamos a traerle de vuelta. Por favor.

Cada vez que escuchaba hablar de mi padre el corazón me latía más deprisa, como si pudiese sentirle a mi lado. El rencor y la desconfianza que sentía hacia Michael era inmenso, pero por encima de todo aquello, estaba la esperanza y la ansiedad por reencontrarme con mi padre. No me quedaba más opción que creerle y esperar que el destino no se burlase de mí.

-Iremos hasta allí -le dije con voz muy seria-, te esperaré en el túnel y entrarás a por mi padre. Tendrás diez minutos para salir con él, o entraré a matarte. Y si cuando salgas intentas hacernos algo o traicionarme, mi padre y yo te torturaremos y te mataremos.

Michael me miraba atentamente y me extrañó que no se burlase de mí en ningún momento. Sabía que no me tenía miedo, pero al menos me había tomado en serio.

-¿Me has entendido? -insistí, al no obtener respuesta.

-Pues claro. ¿Nos vamos?

Dudé un instante pero finalmente bajé los brazos y suspiré. Michael se tomó aquello como un sí y se dirigió hacia la puerta. Yo le seguí, con paso firme, y éste la abrió. Antes de salir, Michael volvió a echar un vistazo por los alrededores con la mirada. Parecía estar realmente interesado en que no nos descubriesen.

-Tenemos que ir andando -dijo Michael volviéndose hacia mí-. Si vamos en coche el ruido les alertará. Tardaremos un poco, pero así podremos escondernos si alguien se dirige hacia el pueblo.

Asentí con la cabeza y salimos de casa. Andar en aquellos momentos era el menor de mis problemas. Y Michael tenía razón, si íbamos en coche y

nos cruzábamos con ellos, nos descubrirían.

Sabía que el camino era bastante largo, pues tardé tiempo en llegar a casa en bicicleta pedaleando a toda velocidad, pero así tendría la oportunidad de reflexionar sobre todo lo que estaba sucediendo y de hacerle algunas preguntas a Michael. Aún había ciertas cosas que no terminaba de entender y que no me había parado a preguntarle debido a las circunstancias. Y a que era más importante pensar en mi padre, claro.

Caminamos exactamente por donde recordaba haber vuelto a casa. Michael caminaba atento a todo, no dejaba de mirar en todas direcciones y de vez en cuando realizaba el típico gesto de cerrar los ojos y meditar. Estaría utilizando alguno de sus poderes extraterrestres para examinar el perímetro o buscar radiaciones de calor. Quién sabía lo que escondía la mente de aquel chico.

Yo, sin embargo, caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. De vez en cuando miraba a Michael, cuando le notaba hacer algo extraño, pero volvía rápidamente a agachar la cabeza y mirarme la punta de los pies mientras caminaba.

Tenía ganas de hablar, de preguntarle miles de cosas, pero no sabía por dónde empezar. Habían pasado tantas cosas y en tan poco tiempo, que empezaba a olvidar algunas de ellas.

-Michael -dije sin levantar la mirada del suelo-. ¿Puedo preguntarte algo?

No respondió y tuve que mirarle para ver que estaba asintiendo con la cabeza, sin dejar de observar concentrado su alrededor.

-Va en serio. Quiero que seas sincero.

Michael me miró con curiosidad por un instante, y volvió a su labor. Al ver que no iba a decir una sola palabra, continué hablando.

-¿Por qué me llevaste con Rick? -le miré fijamente y pude notar que se ponía tenso-. Me mentiste... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué ahora intentas ayudarme?

Michael no contestó, pero se sentía muy incómodo con aquella situación. Por más que buscaba su mirada, él trataba de evitarla a toda costa.

Pasó un largo instante en el que yo observé cada rasgo de su rostro, hasta que al fin Michael suspiró.

-Ya te dije que lo sentía -dijo en voz baja-. Te dije que no esperaba que ocurriese aquello y que debía compensarte. Eso es lo que estoy haciendo, ¿no?

-Pero tu misión era todo lo contrario. Teníais que matarnos...

Aquellas palabras salieron de mi boca con cierto tono de preocupación, pues en cierto modo temía que decirle todo aquello le hiciese abrir los ojos y cambiar de opinión. Pero estaba tan confusa que necesitaba una respuesta y poder quitarme un asunto de encima.

-Sigues sin entenderlo. Yo no dije que fuésemos a mataros. Mi padre suele ser muy violento y pierde la paciencia con facilidad, pero para eso estoy yo.

Yo escuché.

-Le dije que mataros no nos aportaría nada pero que, sin embargo, mantenerte a ti y a tu padre con vida sí. Podíais sernos útil. Por eso me dio la oportunidad.

-¿Y tú la aprovechas para dejarnos escapar? -repliqué, mostrándole que no lo entendía.

-Bueno, digamos que me estoy tomando la justicia por mi propia mano -contestó, aún sin mirarme-. Estaba un poco harto de cumplir con sus órdenes y digamos que tú fuiste la excusa perfecta.

Aquella respuesta, sin saber por qué, me dolió. Eso significaba que no lo había hecho porque sintiese compasión por mí o porque quisiese ayudarme realmente. Lo había hecho simplemente por desobedecer a su padre y, de no haber sido así, me hubiese matado sin escrúpulos, o al menos entregado a Rick, sin escrúpulos también.

Aparté la mirada de él y paré en seco. Él se detuvo también al darse cuenta y me miró confuso.

-¿Qué ocurre?

Le miré desolada durante un instante y él pareció analizar mi rostro. Tuvo la intención de acercarse hacia mí, pero enseguida retrocedí y él paró.

-Entonces nada de esto te importa... -susurré, mirando al suelo.

-¿Qué? -preguntó Michael sin entender nada-. Oye, no sé qué es lo que esperas de mí, pero estoy tratando de ayudarte, ¿vale?

Alcé la mirada hacia él, con lágrimas en los ojos apunto de escapar, y me apreté los labios. Pasó un instante hasta que estallé.

-¡Yo no espero nada de ti! -le grité- Quería que te marchases, ¡eres tú el que no me deja en paz!

-Ellizabeth, tranquilízate -dijo Michael, levantando las manos con las plamas hacia mí-. Estoy aquí porque creo que estoy en deuda contigo. Quiero ayudarte, pero tú no te dejas ayudar.

-¿En deuda conmigo? ¿Por qué? ¿Por hacer lo que debías hacer, lo que llevas haciendo todo este tiempo? -le espeté.

-Tú no sabes nada...

Le observé, cargada de odio, y tuve ganas de abalanzarme hacia él y cogerle del cuello, pero me limité a clavarle la mirada como si de cuchillos se tratase.

-Dame la oportunidad de compensarte, y después aclararé todas las dudas que tengas. Después, desapareceré de tu vida, te lo garantizo.

Suspiré.

-De verdad, Ellizabeth -se acercó hacia mí-. Creo que necesitas que tu padre te ponga al día de todo esto.

Yo me extremecí. Volvía a pensar en mi padre...

-A él seguro que le creerás. Y entonces entenderás muchas cosas. Pero por favor, confía en mí hasta entonces.

Michael se encontraba a escasos metros de mí y seguía avanzando. Volví a suspirar, resignada, y negué con la cabeza. De repente sentía unas ganas ansiosas de llegar a aquel lugar cuanto antes y reunirme con mi padre. Michael tenía razón en que debía aclararme muchas cosas, pues había empezado a atar cabos sueltos pero aún seguían sin tener sentido. Me pregunté cuánto tiempo llevaría sucediendo todo aquello, pero decidí que Michael no era la persona indicada para preguntárselo, así que me

callé.

Me retiré hacia un lado, evitando que Michael se acercase a mí, y le señalé con la cabeza el sendero que teníamos por delante. Michael suspiró levemente y se rodeó para continuar andando.

Aún nos quedaba un buen camino y la situación se había vuelto bastante incómoda. Me arrepentí de haber abierto la boca, pero al menos había conseguido averiguar algo más.

Aunque no fuesen buenas noticias.

Capítulo 6

CAPÍTULO 5

REENCUENTRO

Nos acercábamos a la base.

El sendero llegaba a su fin, tras lo que me había parecido al menos una hora de camino, y ante nosotros se extendía una explanada. A lo lejos podía verse el túnel que atravesé en mi huída.

Nunca me había fijado en aquello. Seguramente había pasado más de una vez por aquella zona de pequeña, pues solíamos hacer excursiones por aquellos senderos, pero no sabía que en ese lugar había un túnel. Quizás antes no estaba y fueron ellos los que le pusieron allí, como entrada a su base de secuestros.

El camino se había hecho demasiado largo e incómodo. Desde que mantuvimos aquella conversación ninguno de los dos volvió a decir nada, y ni siquiera nuestras miradas se volvieron a cruzar. Pero lo prefería así, pues me sentía engañada por Michael y lo único que quería ya de él era que me devolviese a mi padre. Si lo hacía de verdad, que era algo que aún dudaba, nos iríamos de allí y no volvería a verle nunca más.

Una vez nos encontramos en la explanada, la tensión de Michael pareció aumentar. Allí nos encontrábamos más expuestos, por lo que tuvimos que poner todos nuestros sentidos al máximo.

Michael enfocó la mirada en dirección al túnel, tratando de ver si había alguien por allí. Pareció no ver nada sospechoso, pues siguió caminando con paso rápido.

Quizás allí nos esperaban Rick y Emanuel, avisados por Michael, para devolverme a la trampa mortal.

Fuese lo que fuese, me daba igual.

Tenía miles de preguntas para mi padre. Tantas que no sabía por dónde iba a empezar, ni siquiera si iba a poder hacerle alguna. No me imaginaba aún el momento del reencuentro, lo veía tan alejado de la realidad que cualquier cosa que pensase me parecía imposible.

Sacudí la cabeza, tratando de alejarme de aquellos pensamientos, y vi cómo Michael me miraba de reojo. Aparté rápidamente la mirada y caminé más desprisa.

-No corras tanto -dijo él en voz baja-. El que tiene que entrar soy yo.

Me contení para no contestarle con algo que volviese a generar una discusión y aminoré el paso. De todos modos, dentro de poco me libraría de él.

Cuando me quise dar cuenta, ya nos encontrábamos a un par de metros de la entrada del túnel. Paré frente a ella y cogí aire, intentando apaciguar mis nervios. ¿Estaría mi padre realmente tras ese túnel? Sentía deseos de correr hacia él y averiguarlo.

Michael me indicó con la mano que me echase hacia un lado y yo me aparté. No sabía dónde pretendía que me escondiese en aquél lugar, pues aquello estaba totalmente al descubierto. Iba a preguntárselo pero pensé que se burlaría de mí, y mi orgullo no estaba en aquel momento por la labor. Me las apañaría sin su ayuda.

-Espera aquí, y no la líes -dijo Michael caminando hacia dentro del túnel, sin mirarme-. Y controla un poco tu mente, en serio, que los estás llamando a gritos.

Fruncí el ceño, sin entender aquello, y me llevé una mano a la sien, como si así pudiese controlar mis pensamientos.

No era la primera vez que Michael me decía algo así, y seguía sin entenderlo, pero por si acaso traté de no pensar en nada. Cuando me percaté, ya no había rastro de Michael. El túnel era muy largo y oscuro, así que era fácil perder de vista enseguida a quien entrase.

En ese momento me sentí algo asustada. Me encontraba sola en aquel lugar y sabía que si alguien aparecía, me vería y podría darme por terminada, así que supliqué que aquello no ocurriese y que Michael

regresase cuanto antes. Con mi padre, por supuesto.

Recordé lo que acababa de decirme Michael, y sacudí la cabeza. Estaba dándole demasiadas vueltas a muchas cosas y me pregunté si alguien podría haberlo notado, si aquello de que podían leer mis pensamientos era cierto. Para intentar no enfocarme en aquellas ideas comencé a contar en voz baja. Le había dicho a Michael que tenía diez minutos para regresar, así que traté de cronometrarle.

No esperaría más de diez minutos. Si en ese tiempo no había señales de ellos, entraría y me encargaría yo misma de encontrar a mi padre.

Cerré los ojos para concentrarme más en la cuenta y a su vez agudizar el oído, buscando estar alerta ante cualquier ruido. Aquello parecía funcionar y conseguí apartar de mí las ansias por encontrar a mi padre y por entender todo lo que estaba sucediendo. Estaba ansiosa por ello, sí, pero al menos logré no pensarlo.

-Cinco minutos... -susurré, aún con los ojos cerrados.

Quedaba la mitad.

Me preguntaba qué estaría haciendo Michael y si sabría dónde encontrar a mi padre. Imaginaba que sí, pues él era el secuestrador experto y debía saber dónde retenían a las personas. Pero no lograba entender cómo iba a conseguir liberar a mi padre sin que nadie se interpusiese en su camino, o cómo iba a lograr convencerle de que le acompañase.

Sabía que mi padre haría cualquier cosa por dar conmigo, pero Michael tenía razón, y es que dudaba de que alguien como mi padre pudiese confiar en alguien como él. Intenté zafarme de aquella idea, preocupada.

Acababa de perder la cuenta, y maldije en voz alta.

-No pasa nada Ellizabeth... -me dije a mí misma- Un par de minutos más y papá saldrá de allí.

Comencé a caminar nerviosa de un lado a otro de la entrada del túnel. De vez en cuando, paraba en seco y enfocaba la mirada hacia el interior, buscando ver alguna sombra o escuchar algún ruido. Nada.

Los segundos se me hacían eternos y parecía que llevase esperando varias horas. Pero trataba de convencerme a mí misma de que aún era pronto y que Michael y mi padre estarían ya de camino hacia allí. Debía de ser así.

El impulso de entrar y buscarle era cada vez mayor, pero el miedo que sentía por volver a aquel lugar era lo único que me frenaba. Aún así no me importaba hacer frente a ese miedo con tal de ver una vez más a mi padre, pero esperaría un par de minutos más. No quería arriesgarme a entrar y que alguien me descubriese, y fastidar todo el plan por mi impaciencia.

Pasaron unos largos segundos y de repente comenzaron a pitarme los oídos. Era un sonido muy molesto que parecía rebotar en las paredes del túnel, por lo que me dirigí hacia la salida, tapándome las orejas con las manos. Cuando salí, el sonido no cesó, por lo que supuse que era cosa mía. Apreté los ojos y la mandíbula, intentando mitigar aquella sensación tan molesta que el pitido producía, y pareció funcionar.

Cuando el sonido había dejado de ser tan intenso otra vibración, esta vez a mis espaldas, me sobresaltó. Me rodeé rápidamente y miré hacia el fondo del túnel.

No se veía nada, pero yo juraría que había escuchado algo. Me pegué contra la pared, algo asustada, y me mantuve en silencio un instante.

Volví a escuchar algo. Esa vez el ruido me pareció similar al chapoteo del agua, pero no lo tenía claro. Fruncí el ceño intentando concentrarme y esperé a escuchar algo de nuevo. Mi respiración estaba algo agitada, pues me preocupaba que alguien que no fuese mi padre o Michael saliese antes que ellos y me encontrase allí. ¿Y si era Rick? Me estremecí.

Me pegué aún más a la pared, como si así pudiese fundirme con ella y pasar desapercibida, y escuché con atención.

Volví a escuchar el mismo ruido, pero esta vez más cerca. Ya no tenía duda de que sonaba como el chapoteo del agua y pensé que seguramente se trataba de pasos dirigiéndose hacia allí. Había tuberías que goteaban, pero el ruido era demasiado fuerte como para tratarse de un gota cayendo.

No sabía qué hacer. ¿Debía esconderme? Si era Michael, o mi padre... ¿Por qué no me llamaban? Quería decir algo, llamarles, pero tenía miedo

de que se tratase de otra persona.

De todas formas... No tenía dónde esconderme. ¿Qué importaba que me descubriesen allí? No tenía hacia dónde huir, pues si me dirigía hacia la explanada, antes de poder atravesarla ya me hubiesen descubierto. Estaba perdida de todas formas, así que, ¿por qué no intentarlo?

Tomé aire y lentamente me despegué de la pared. Miré hacia la oscuridad del túnel, en vano, pues eso era lo único que se veía: oscuridad.

El ruido se acercaba cada vez más, sonando más contínuo y acelerado. Parecía que alguien viniese a gran velocidad, y aquello me dio algo más de esperanza, pues podría tratarse de ellos escapando.

Sin embargo aquel ruido no parecía ser de dos personas, si no más bien de una, y me preocupé. No podía más con la ansiedad de saber si mi padre estaba de vuelta, y tragué saliva para hablar.

-¿Michael...? -pregunté en voz baja, pero el sonido de mi voz resonó por todo el túnel.

El chapoteó paró de inmediato. Yo me asusté, no sabía qué ocurría, y me pegué de nuevo a la pared. Permanecí en silencio durante unos instantes que para mí fueron eternos, esperando oír alguna respuesta, y tras ello el chapoteo comenzó de nuevo a resonar.

¿Por qué no había contestado nadie? Supuse que aquel no podía tratarse de Michael... o quizás sí, pero no quería hacer ruido.

-¿Ellizabeth...? -una voz cortó de pronto todos mis pensamientos. Me habían reconocido.

Mi corazón pareció detenerse y palidecí.

A pesar de que la lejana voz llegó a mí distorsionada por el eco, no me pareció la voz de Michael, pues sonó mucho más profunda.

Por un instante pensé que podía tratarse de mi padre, y la mirada se me iluminó, pero mi instinto me dijo que no me confiase, pues era extraño que saliese mi padre solo, sin Michael... ¿Y si era una trampa?

No contesté. Los pasos seguían acercándose hacia mí, y cada vez resonaban con más intensidad. Dudé sobre si salir e intentar escapar o quedarme en el sitio esperando a que aquella persona se cruzase

conmigo, pero no tenía mucho tiempo para debatirlo. El chapoteo del agua sonaba ya a escasos metros, acompañado de una respiración jadeante y contuve un suspiro nervioso. Cerré los ojos y léntamente me alejé de la pared hasta situarme en medio de aquel oscuro túnel. Esperé allí llena de temor a que el destino decidiese por mí, si aquello era posible.

-¿Elli...?

Aquella voz.

Abrí los ojos de par en par y pude distinguir una sombra que se movía hacia mí. A medida que avanzaba iba tomando forma humana, y su respiración resonaba en mis oídos acompañando al sonido de los latidos de mi corazón.

Me sentí como en un sueño.

No notaba ninguna parte de mi cuerpo, sentía que no me encontraba en aquel lugar físicamente. Era como si aquello fuese la escena de alguna película y yo no pudiese interactuar en ella. Mis brazos no respondían, mi garganta no producía ningún sonido y mis piernas parecían clavadas en el suelo.

Seguía teniendo la mirada fija en aquella figura que se apresuró, mientras el sonido de su voz aún seguía retumbando en mi cabeza.

-¿Michael? -musité.

No entendí por qué dije aquello. ¡Claro que no era Michael! Aquella voz no era la de Michael, pero estaba tan confusa que fue lo único que pude pronunciar.

-¿Qué? -resonó de nuevo la voz de aquel hombre- Ellizabeth, ¿eres tú?

Mi cabeza trabajaba al máximo, trantando de identificar aquella voz antes de que él se presentase ante mí.

Pero la luz de la entrada del túnel comenzó a reflejarse sobre la figura del hombre que avanzaba con pasos dudosos hacia mí, y pude ir descubriendo, poco a poco, sus características.

Sus mechones de pelo alborotados, su largo y delgado cuerpo, de espaldas estrechas y finos brazos. Aquél andar dispar, ligeramente ladeado. Y su camisa de cuadros por fuera de unos antiguos pantalones cortos de pana.

Mi sangre se heló.

Era mi padre.

Mis piernas temblaban, a punto de ceder, mientras él corría hacia mí en los últimos metros. Me podría haber imaginado el reencuentro con mi padre de miles de maneras y en todas ellas habría salido corriendo hacia sus brazos. Pero en aquel momento mi cuerpo quedó completamente paralizado e incluso el nudo que se me había formado en la garganta me impidió llorar.

Por dentro, sin embargo, estaba eufórica. Una voz dentro de mí gritaba de alegría y entusiasmo, y me imagina a una pequeña yo dando botes dentro de mi cabeza.

-¡Ellizabeth! -gritó mi padre, muy cerca de mí- ¡Gracias a Dios!

Se abalanzó sobre mí con los brazos extendidos y me atrapó entre sus brazos. Aquello me devolvió el latido al corazón y tomé una gran bocanada de aire, lista para ahogarme en mis lágrimas.

Él no me soltó de sus brazos y comenzó a sollozar. Parecía decir algo que no pude entender, pues tenía la cara completamente enterrada entre mi pelo.

-Papá... -musité, abrazándole por la cintura, y comencé a llorar desconsoladamente.

En ese momento me sentí como una niña indefensa que, asustada, corría hacia los brazos de su padre. Pero aquello ero lo único que podía reconfortarme y hacerme sentir fuerte. Por un instanté olvidé todo lo que había acontecido aquellos días y todo el miedo que había sentido.

Éramos mi padre y yo. Solos.

-Ellizabeth, mi vida... -sollozaba- Creí que te había perdido.

Cada vez me apretaba con más fuerza pero no me importaba. Su cuerpo me daba calor y cada una de sus palabras me mecía.

-Pérdoname por todo esto.

Apenas podía entender lo que decía pues estaba casi tan sofocado como yo. Al oír aquello retiré la cabeza de su hombro y busqué su mirada. Él me sujetó la cabeza con sus manos.

-Perdóname a mí, papá. No debí salir, esto no hubiese...

-Shhh -mi padre me tapó la boca con un dedo-. No digas eso. Tú no tienes la culpa de nada -y me besó en la frenté.

Noté sus lágrimas resbalar hasta mi cara. Me aparté ligeramente y con una mano se las sequé, a pesar de que mis propios ojos parecían un manantial.

De pronto su rostro cambió y se giró sobresaltado hacia el túnel. Yo había olvidado por completo dónde nos encontrábamos y el riesgo que estábamos corriendo.

Mi padre me cogió la mano con firmeza.

-Vámonos de aquí Ellizabeth -y tiró de mí hacia la salida.

Paré en seco.

-¿Y Michael? -pregunté de repente a mi padre.

Él me miró confundido, con la cabeza ligeramente ladeada y preocupación en el rostro. Parecía no entender lo que le decía.

-¿Qué dices, Ellizabeth? -dijo mientras trataba de seguir tirando de mí-. ¿Qué Michael?

Yo no entendía nada.

-Michael... el que fue a por ti para sacarte de aquí.

-¿Para sacarme? -mi padre estaba tan confundido como yo- Nadie me ha sacado, Ellizabeth. ¿Quién es Michael?

-¿Cómo que no te ha sacado nadie? -miré hacia el túnel, como si fuese a ver aparecer por él a Michael- ¿Cómo has salido entonces?

Mi padre dudó un instante mientras me miraba fijamente. Parecía tratar de leer mis pensamientos... del mismo modo en que lo hacía Michael.

Parecía como si aquello que dijo Michael acerca de que mi padre era igual que ellos fuese verdad. Y me estremecí.

-Ellizabeth... ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

-Conseguí escapar, Ellizabeth, y... -dudó un instante, desviando la mirada hacia otro lado- Y, bueno, ya te contaré cómo conseguir dar contigo.

-Creo que puedo imaginármelo... -musité.

-Tenemos que hablar de muchas cosas, pero debemos irnos Elli. Aquí estamos en peligro.

Suspiré preocupada, y volví a mirar hacia el interior del túnel.

¿Dónde había ido Michael?

Una de mis teorías era que quizás me había traicionado y jamás tuvo la intención de entrar a rescatar a mi padre, pero que por suerte él logró escapar a tiempo. Era demasiada casualidad, sí, pero, ¿qué podía ser si no?

También pensé que aquello podía haber sido parte de su plan. Quizás al entrar le dejó vía libre a mi padre hacia la salida. Y quizás ahora volverían a por nosotros dos para matarnos a la vez. Podía esperar ya cualquier cosa de Michael.

Pero con mi padre me sentía más segura. Ya no me importaba lo que ocurriese porque pasase lo que pasase no iba a separarme otra vez de él.

Antes prefería la muerte. Eso sería lo único que nos separaría.

Mi padre notó que estaba pensando en algo que me preocupaba y, con la mano que tenía libre, me acarició el cabello. Cerré los ojos y apoyé el peso de mi cabeza sobre su mano. Daría lo que fuese porque aquel momento durase eternamente, pero desgraciamente mi padre tenía razón y debíamos irnos de allí.

Nos dirigimos rápidamente hacia la explanada,sin soltarnos la mano. Mi padre, sin dudar ni mirar siquiera a su alrededor, caminó en dirección hacia el sendero que aún no alcanzaba a ver nuestra vista. Me pregunté si es que ya había ido por allí antes o si, quizás, al secuestrarle, no había llegado inconsciente hasta allí como yo.

Mientras corríamos, no podía evitar echar la mirada atrás de vez en cuando, por si Michael aparecía por allí.

Quizás él regresaba, con la noticia de que no había encontrado a mi padre, y yo no estaba allí. Entonces sería yo la que le hubiese abandonado, pero me daba igual. Estaba segura de que ya no volvería a verle nunca más y, a pesar de que era lo que quería, aún quedaban muchas cosas por aclarar. Pero quizás mi padre podía hacerlo... Sabía que él tenía mucho que ver con todo aquello.

Le notaba agitado pero concentrado. Parecía estar pensando desenfrenadamente un plan para nosotros. No podíamos volver a casa, eso lo sabía hasta yo, pero no se me ocurría dónde podríamos escondernos.

En realidad no era demasiado complicado, pues prácticamente todas las casas del pueblo estaban vacías y podríamos refugiarnos en cualquiera de ellas. Pero quizás aquello era demasiado peligroso, pues podrían registrar casa por casa hasta dar con nosotros.

-Ellizabeth -dijo mi padre jadeando mientras seguíamos corriendo-. No tenemos mucho tiempo para irnos a ninguna parte. Tendremos que quedarnos en alguna casa, al menos por hoy. No podemos volver a la nuestra.

Justo lo que yo decía.

-Lo sé... -contesté- ¿Dónde se te ocurre?

Le miré mientras corríamos pero él seguía concentrado mirando el camino del sendero.

-Podríamos... -le costaba respirar- Podríamos quedarnos por hoy en la casa de Reneé.

Aquello me sorprendió. ¿En la casa de Reneé? Pero si su casa se encontraba justo al lado de la nuestra... Sería demasiado peligroso.

Mi padre me leyó los pensamientos.

-Sé que suena peligroso... -hizo una pausa- Pero es tan obvio que será en el último lugar en el que miren.

Pensé en ello un instante. Puede que tuviese razón, pero aún así era un gran riesgo.

-Créeme Ellizabeth. Y confía en mí -dijo mientras me apretaba suavemente la mano.

Claro que confiaba en él. Sus palabras me tranquilizaban. Pondría mi vida en sus manos, porque sabía que nunca me fallaría.

Aquello me hizo recordar a mi hermano Tim. Mi padre le falló. Pero seguro que tenía una explicación... o eso quería creer.

Me pregunté cuánto tenía que ver con todo aquello la muerte de mi madre y de mi hermano, y mi padre pareció notar que estaba pensando en ello, pues de repente le noté muy tenso.

Noté que sentía mi mirada clavada en su nuca como si de una espada se tratase, y mantuvo su mirada perdida en el final del sendero. En aquel momento vi a mi padre como un extraño, pues había estado ocultándome quién sabe cuánto tiempo algo tan importante como aquello. A pesar de eso seguía confiando en él, pero necesitaba que me diese respuestas a todo lo que pasaba por mi mente.

Cuando quisimos darnos cuenta nos encontramos enfrente del patio de la escuela. Suspiré aliviada de haber podido regresar a salvo, aunque sabía

que aún no lo estábamos.

-Vamos, Ellizabeth -mi padre estaba exhausto- ya nos queda menos. Llegaremos bien.

Decir aquello parecía darle seguridad y yo asentí con la cabeza mientras le acariciaba el hombro. Aquello le tranquilizó un poco y cogió aire para seguir con la marcha.

A pesar de que yo iba detrás de él, mi padre estaba mucho más agotado. Yo, después de todo lo que había pasado durante aquellos días, me veía capaz de cualquier cosa. Pero mi padre llevaba tanto tiempo sin moverse de casa que aquel esfuerzo físico se le hizo más duro de lo que se imaginaba.

Pasé, de nuevo, por el lugar en el que había encontrado a aquel misterioso vagabundo, y seguía sin haber rastro de él. Me acordé de todo lo que me dijo. Recordé a Mary, a quien Toby decía que se habían llevado, y me pregunté si le había ocurrido lo mismo que a mí a esa mujer. Tendría que quedarme con la duda porque estaba segura de que no le volvería a ver, pero me arrepentí de no haberle hecho más preguntas en aquella ocasión.

Ya no importaba.

Poco a poco habíamos dejado de correr. En realidad había sido mi padre el que había aminorado el paso, pues estaba realmente agotado, y yo me había acompasado a él. Estábamos a punto de llegar a nuestra manzana y yo sentía ganas de salir corriendo.

Al fin la casa de la señora Reneé apareció ante nosotros y mi padre caminó con precaución hacia ella, mirando en todas direcciones.

Había pensado también en la señora Reneé, por supuesto. Aquel día que se marchó fue verdaderamente extraño y no volvimos a saber nada de ella. Ahora creía entender lo que había ocurrido, aunque no sabía si seguiría viva o no.

También pensé en toda la gente del pueblo. En los niños. En los ancianos.

¿Qué había sido de ellos? No podían estar todos muertos o secuestrados.

Traté de olvidar todo aquello y centrarme más en la situación. Aún no había asimilado la gravedad del asunto, aunque tampoco tenía muchas

ganas de hacerlo. La verdad era que estábamos, por decirlo de alguna manera, en busca y captura. Pero bajo amenaza de muerte. Si nos encontraban no tendríamos ninguna oportunidad más; sería nuestro fin.

Una vez mi padre comprobó los alrededores, nos dirigimos hacia la puerta de la casa de Reneé. Supuse que estaría cerrada con llave y que tendríamos que forzarla o bien buscar otra entrada, para no hacer mucho ruido. Pero, para mi sorpresa, mi padre giró el pomo de la puerta, como si supiese que ésta iba a estar abierta para nosotros, y se abrió.

Quizás a la señora Reneé se la olvidó echar la llave por las prisas, o presa del pánico.

Pobre Sinni... ¿Qué sería de él?

La puerta crujió al abrirse y pudimos comprobar que la casa estaba completamente a oscuras. Toqué el interruptor varias veces, pero no había electricidad. Era obvio.

Los muebles estaban repletos de una gruesa capa de polvo y le daba un aspecto tétrico a toda la casa. Parecía que acabásemos de llegar a una casa encantada, y dudé si sería capaz de dormir allí una sola noche. Aunque, pensándolo bien, era mucho mejor que aquella oscura y vacía sala en la que estuve encerrada.

Mi padre cerró la puerta y me asusté, pero enseguida me tranquilicé. Le miré, esperando que dijese algo, pero parecía no tener nada que decir.

Sabía que teníamos que hablar de muchas cosas. Pero también sabía que no iba a ser en aquel momento. La situación ya era bastante dura como para tener que lidiar con una conversación de aquella envergadura.

Cerré los ojos y me sentí muy cansada de repente. Noté a mi padre caminar hacia mí, pero no los abrí. Cuando le noté a mi lado me abrazó, y apoyé mi cabeza sobre su pecho.

-Todo esto pasará, Elli -me susurró-. Te lo prometo.

-Lo sé... -fue lo único que pude decir.

Y permanecimos así, durante no sabía cuánto tiempo, evadiéndonos de aquella realidad que nos acababa de sumergir y fundiendo nuestras mentes en una.

Sentí su dolor y el sintió mi confusión, y nos abrazamos más fuerte.

Capítulo 7

CAPÍTULO 6

CONFESIONES

-Isabella, tenemos que hablar -dijo Tom, con tono preocupado, dirigiéndose hacia su mujer.

-¿Qué ocurre, cielo? -Isabella no pareció darle demasiada importancia.

Tom estaba realmente preocupado. Le sudaba la frente y se frotaba las manos. Cuando su mujer se percató, soltó el trapo con el que estaba quitando el polvo de una estantería y se acercó hacia él.

-¿Es por tu trabajo?

Tom dudó un instante y tragó saliva. No sabía qué palabras utilizar y empezaba a ponerse nervioso.

-Se reunieron conmigo ayer... -su mujer escuchaba con atención- Isabella, me dijeron que tú debías... -tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar- O los niños...

Isabella abrió los ojos como platos, espantada, y no supo qué decir. Tom sacudió la cabeza en señal de derrota y se llevó las manos a la cabeza. Estaban acabados. Su mujer se armó de valor para hablar.

-Tom, iré... Y volveré. Sé que lo haré -su tono de voz fue disminuyendo a medida que hablaba, como si no creyese sus propias palabras.

-Isabella, ¿y los niños? ¿Qué le digo yo a los niños?

Tom parecía que iba a romper a llorar en cualquier momento. Él sabía que algo malo iba a ocurrir, pero no se atrevía a decírselo a su mujer. Aunque quizás ella ya lo supiese.

-Diles que les quiero, eso es todo, Tom -dijo Isabella, cogiendo la cara de su marido entre sus manos-. Sabía que esto sucedería tarde o temprano.

-Isabella, yo no puedo hacerte esto... -musitó Tom- Tiene que haber una

solución.

Su mujer negó con la cabeza, cerrando los ojos.

-Pon a nuestro hijo Tim a salvo, cariño. Por favor, cuida de ellos -una lágrima se deslizó por su mejilla-. Y no dejes que cojan a Elli.

Tom se echó a llorar como un niño, y su mujer lo abrazó, por última vez.

Me quedé dormida en el sofá en el que Sinni, el gato de Reneé, solía echarse sus siestas. Tuve que sacudirle antes de recostarme en él si no quería llenarme de polvo.

Cuando abrí los ojos pude ver que mi padre seguía en el mismo lugar en el que le vi por última vez antes de cerrar los ojos: apoyado sobre un mueble bajo, frente a una de las ventanas principales, observando el exterior.

-¿He dormido mucho? -pregunté, desperezándome. No pude reprimir un bostezo.

Mi padre volteó la cabeza hacia mí y esbozó una pequeña sonrisa. Su rostro parecía realmente cansado y empezaban a marcársele unas profundas ojeras.

-No lo suficiente -respondió en voz baja, aún con la sonrisa en la cara.

Me levanté del sofá, que a decir verdad era un poco incómodo, y me senté en una de las sillas que se encontraban muy cerca de donde estaba mi padre. Él me miró y yo le hice un gesto con la mano para que se sentase en otra de las sillas, a mi lado.

Tras un instante meditando si debía hacerlo o no, se acercó lentamente y se dejó caer sobre la silla. Suspiró, como si acabase de quitarse un peso de encima, y cerró los ojos. Estaba esperando a qué yo dijese algo, pero no sabía por dónde empezar.

-Papá, ¿qué está pasando? -pregunté al fin y, antes de que dijese nada, volví a preguntar- ¿Quiénes son esas personas? ¿Por qué nos persiguen?

-Ellizabeth, despacio -mi padre se cruzó de brazos-. Esas son muchas preguntas a la vez.

Resoplé, indignada. Tenía tantas dudas que quería soltarlas todas de golpe para que no se me olvidasen. Y quería una respuesta coherente a cada una de ellas.

-Pues empieza por la primera -espeté.

-Está bien... -suspiró- Nunca te contamos nada porque era algo nuevo y peligroso. Y tampoco pensamos que llegaría a estos extremos, por lo que lo veíamos innecesario.

Traté de prestar la máxima atención posible para no perderme detalle de lo que me decía. Solo me faltaba tener una libreta y un bolígrafo para que aquello pareciese un interrogatorio.

-Creo que ya has podido descubrir que hay gente... peculiar -mi padre trataba de buscar las palabras adecuadas.

-Sí... Michael. Y tú.

Mi padre me miró sorprendido, no se esperaba aquella respuesta.

-Luego tendrás que responderme tú quién es ese tal Michael... -murmuró- El caso es, Ellizabeth, que esas personas tienen un poder especial sobre el resto, pero al parecer...

-Querrás decir tenéis -le interrumpí-. Tenéis un poder especial sobre el resto. ¿No es así? ¿Acaso no eres tú uno de ellos?

Mi padre me miró durante unos segundos, dudando sobre qué responder, y abrió en varias ocasiones la boca, apunto de hablar. No me hizo falta escuchar la respuesta, aquello lo había dejado claro.

-Yo no soy uno de ellos, Ellizabeth -agachó la cabeza, avergonzado-. Soy como ellos, sí, pero no de ellos... -alzó la mirada hacia la mía de repente- Al igual que tú, Elli.

Le aguanté la mirada, soprendida. No era el primero que me lo decía. Una vez me lo dijo Michael, pero claro, no podía creerle. Oírlo ahora, en boca

de mi padre, era totalmente distinto. Me pilló por sorpresa.

-Yo no... -estaba algo nerviosa- Yo no tengo superpoderes.

Mi padre rió desganadamente. Se inclinó sobre la silla hasta apoyar una mano sobre mi rodilla y me miró fijamente a los ojos.

-Sé de sobra que has notado que no eres como el resto.

-¡Pero no tengo superpoderes! -insistí, molesta.

Él no respondió. Se limitó a continuar mirándome fíjamente, atrapándome con su mirada como en tantas otras ocasiones había hecho Michael.

-Mira a través de mí, Ellizabeth... -susurró mi padre, sin dejar de mirarme.

Sus ojos parecían hacerse cada vez más grandes. Parecían acercarse a mí pero, sin embargo, mi padre seguía estando en el mismo sitio. Traté de ver más allá de ellos y empecé a sentir un ligero cosquilleo por todo el cuerpo.

Me sentía como si estuviese flotando y, ante mí, se abrían sus ojos. Podía ver cada detalle de sus pupilas y estaba segura de que si extendía la mano podía rozarlas. Al final de las motas de color de sus ojos verde oliva, podía ver el pequeño círculo negro aumentar. Nadaba hacia él como si la corriente estuviese a mi favor, y pronto todo lo que pude ver era aquél círculo negro.

Mis ojos se cerraron y, al abrirlos, todo volvió a la normalidad.

O eso parecía.

En mi cabeza estaba sucediendo algo extraño. Tenía mis propios pensamientos, los que me estaban rondando en aquel momento, pero además podía percibir otros pensamientos lejanos.

Me parecía recordar cosas que jamás había vivido y sentir otras que nunca había sentido. Me sentía extraña en mi propia cabeza, como si aquella no fuese la mía, y me pregunté qué estaba sucediendo.

Estás en mi cabeza, Ellizabeth.

Di un brinco en la silla. Mi padre permanecía mirándome fijamente y sin mover un solo músculo, pero acababa de hablarme. En mi cabeza. Como hizo Michael.

Pero aquella vez era distinto. No tenía una voz en mi cabeza acosándome, si no que yo me encontraba en la suya. Podía sentir todo lo que pensaba y, si quería, podía hablarle mediante mis pensamientos.

¿Qué es esto, papá?, pensé algo asustada.

Tu superpoder. ¿Ves como sí tenías?

Me estremecí. Lo que estaba sucediendo era muy extraño y me provocaba dolor de cabeza. Nunca había creído en la magia ni en nada parecido, pero aquello me hacía replantearme muchas cosas.

-¿Desde cuándo ocurre esto? -dije en voz alta.

Aquello me hizo perder contacto y sentí de nuevo un cosquilleo por todo mi cuerpo. Me froté los ojos, pues me escocían, y miré a mi padre. Él los había cerrado también.

-Para ti desde siempre Ellizabeth -respondió, volviendome a mirar fijamente.

Yo no pude reprimir un suspiro de asombro. ¿Desde siempre? Aquello no era posible, yo jamás había sido capaz de hacer nada parecido, ni había notado nada extraño en mí.

-Verás Ellizabeth, hace veinte años...

-Sí, no me lo digas -le corté-, hiciste un pacto con el diablo y...

-No, Ellizabeth -suspiró mi padre. Yo puse los ojos en blanco-. Hace veinte

años se descubrió algo muy importante que nos dio este “poder”.

No entendí nada, así que esperé en silencio a que continuase.

-Un científico, no recuerdo muy bien su nombre... -se llevó una mano a la barbilla, intentando recordar- Bueno, le conocían como El Águila. El caso es que este científico estaba estudiando una cura para ciertos trastornos mentales y descubrió, por accidente, una fórmula que desarrollaba de manera descontrolada el cerebro humano.

Escuché aquella historia con los ojos bien abiertos, como cuando un niño escucha su cuento favorito antes de irse a dormir.

-El primero en probar la inyección de aquella fórmula... llamémosla “K” -continuó-, fue él. Al principio no notó nada, pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que podía percibir cosas que otros no eran capaces.

-¿Leía la mente a las personas? -pregunté con curiosidad.

-Bueno, no es tan sencillo como eso. Verás, todo eso había que desarrollarlo, y él lo desconocía. Fue otro el que lo descubrió por él, desafortunadamente... -su tono de voz bajó y parecía decepcionado.

-¿Quién?

Tardó un largo rato en contestar. Yo estaba impaciente por conocer la respuesta, pero me contuve. A pesar de ser una historia de lo más extraña para mí, empezaba a encontrarle el sentido.

Pensé que ya no quería seguir contestando a mis preguntas, así que le agité suavemente la mano para que me mirase.

-Papá, ¿quién fue el que lo descubrió? -insistí.

Mi padre suspiró y al fin me miró.

-Fue el que era su ayudante por aquel entonces... -hizo una pausa- Emanuel, un hombre que solo desea dominar a todo aquel que se le cruce por delante.

Al oír aquel nombre mis pupilas se dilataron. Emanuel, el padre de Michael. ¿Cómo decirle a mi padre que yo le conocía?

Antes de abrir la boca, quise saber más acerca de él.

-¿Y qué fue lo que hizo?

Mi padre pareció notar que yo estaba más tensa, pero carraspeé para disimular y entrelacé mis dedos. Insistí, levantando las cejas, en que respondiese a mi pregunta.

-Bueno, a parte de que descubrió cuales eran todas las capacidades que podían desarrollarse... Decidió que lo que quería era dominar el mundo.

Mi padre parecía agotado de responder todas aquellas preguntas. Era como si algo le removiese la conciencia y por un momento sentí ganas de volver a colarme en sus pensamientos. Pero decidí que era mejor así, tampoco quería forzarle demasiado.

Me planteé dejar las preguntas para más tarde, pero la curiosidad me podía y tampoco teníamos todo el tiempo del mundo. Podrían cogernos en cualquier momento y matarnos, y yo moriría sin conocer la verdad acerca de mi vida.

-Y... ¿cuales son esas capacidades? -pregunté, tratando de desviar el tema de Emanuel por el momento.

Él suspiró resignado, sabiendo que no iba a poder librarse de todas aquellas preguntas, y se acomodó en la silla.

-Cada persona desarrolla en mayor o menor medida esas capacidades. Pero principalmente éstas son las de tener acceso a las mentes de determinadas personas, así como escuchar pensamientos o emociones intensas -me miró con curiosidad- ¿Has sentido alguna vez algo parecido?

Levanté una ceja, tratando de hacer memoria, pero no podía recordar nada parecido. La única experiencia que había vivido así había sido con Michael... pero yo no tenía nada que ver.

Negué con la cabeza y mi padre esbozó una sonrisa.

-Yo creo que sí, Ellizabeth -afirmó él-. ¿Recuerdas que cada vez que te contaba algo que no era del todo verdad, me mirabas con mala cara?

No contesté. Aquello era cierto, pero no pensé que fuese nada extraño. Simplemente sabía cuándo mi padre mentía. Lo intuía.

-Claro que lo intuías -dijo, y supuse que me acababa de leer la mente-. Y no porque fuese tu padre y me conocieses de sobra. Podías hacerlo con

cualquier persona... ¿Recuerdas?

Era cierto. Siempre me daba cuenta de cuándo alguien no estaba siendo sincero. Pero aún así, no podía saber qué es lo que estaban pensando ni hablarles metiéndome en sus cabezas. Yo no tenía esos superpoderes.

-¿Por qué tú eres como ellos, entonces? -pregunté de pronto-. ¿Y por qué, según dices, yo también?

Mi padre se levantó de la silla y caminó hacia la ventana. Miró através de ella, con las manos cogidas tras su espalda, y permaneció así unos segundos.

Siempre había conocido cada uno de los gestos de mi padre a la perfección. Le conocía tan bien que podía predecir sus movimientos e incluso sus palabras. Pero desde que le encontré, y conociendo todo aquello, me parecía un extraño. Me di cuenta de que había estado viviendo bajo una mentira durante mis diecinueve años de vida.

De pronto me asaltaron miles de preguntas más. ¿Sabía mi madre todo aquello? Quizás ella fuese igual que mi padre, o quizás hubiese estado engañada como yo. ¿Y Tim? Necesitaba preguntárselo. Necesitaba saber si ellos ya no estaban por culpa de todo aquello.

-Me inyectaron aquello hace veinte años, cuando todo comenzó -contestó mi padre antes de que pudiese hacerle más preguntas-. Estábamos obligados a hacerlo, al principio solo los hombres mayores de treinta años, pero poco después dejó de importarles la edad. Quien se negaba, era encerrado, y no volvía a saberse nada de él.

Permanecía inmóvil, mirando fijamente através de la ventana en dirección a los árboles que eran mecidos por el viento. Yo escuchaba con atención, dispuesta a preguntar en cuanto dejase de hablar.

-Unos diez años después -añadió, melancólico- prácticamente todos los hombres habíamos sido inyectados. Los que aún no lo habían hecho, era porque habían decidido escapar y esconderse en algún lugar.

-¿Para qué querían que todos fuéseis así? -le interrumpí.

-Bueno... -suspiró- Se oía de todo. Muchos decían que lo que querían era acabar con las mujeres, que los hombres dominasen el mundo.

Le miré con los ojos muy abiertos, recordando a mi madre mientras él

decía aquello.

-Pero no, no era para eso. Un par de años más tarde comenzaron a obligar a las mujeres, por lo que esa teoría ya no tenía sentido -se volvió para mirarme y se adelantó a mi siguiente pregunta-. La verdad era que pretendían acabar con los débiles.

¿Acabar con los débiles? No lo entendía. Se suponía que todos ellos eran iguales y tenían las mismas capacidades... ¿Qué sentido tenía aquello?

-Ya te he dicho que cada persona desarrollaba estas capacidades en mayor o menor medida -respondió a mis preguntas mentales-. Los mejores se quedarían, y los peores...

No hizo falta que terminase aquella frase. Me lo imaginaba.

El mundo se había vuelto loco y yo ni siquiera me había enterado. ¿Cómo podía haber dormido tan tranquila durante casi dos décadas?

Me sentí algo molesta con mi padre. No entendía cómo podía haberme ocultado algo así durante tanto tiempo. Seguramente, si todo aquello no hubiese sucedido, él hubiese continuado ocultándomelo, hasta quién sabe qué día.

Aún así supuse que lo haría por mí, por protegerme de alguna manera, aunque no entendí de que forma la ignorancia me protegía. Si hubiese sabido todo aquello hubiese estado mucho más preparada y seguramente lo acaecido aquellos días no estaría en nuestros recuerdos. Pero lamentarse de aquello era en vano. Lo único que podía hacer ya era prepararme para lo que estaba por llegar.

Seguía teniendo miles de preguntas y tenía pensado hacerle todas y cada una de ellas, pero estaba exhausta. Mi padre también parecía cansado, y él ni siquiera había descansado como yo.

Decidí darle un respiro, retomaríamos la conversación en otro momento. Teníamos aún otra cosa más importante entre manos, que era la de escapar de aquel lugar.

Él pareció entender que no iba a hacer más preguntas por el momento, y suspiró aliviado. Volvió a echar un último vistazo hacia el exterior, antes de apartarse de la ventana, y se dirigió al sofá. Se sentó en él lentamente y apoyó la cabeza sobre sus manos. Cerró los ojos y pensé que iba a

dormirse, pero parecía estar reflexionando acerca de algo.

Me disponía a ir a la cocina a buscar restos de algo de comida en conserva, pero cuando di dos pasos mi padre me asustó.

-Elli -dijo con voz grave-. Te toca decirme quién es Michael.

Esperaba haber podido alargar aquel momento un poco más de tiempo, pero no me quedó otra que hablar. Me giré lentamente hacia mi padre, él cual no me miraba, y me cogí las manos, nerviosa.

No había vuelto a acordarme de Michael. Pero en ese instante me pregunté dónde estaría y qué fue lo que había ocurrido. No entendía nada y necesitaba verle de nuevo para esclarecer el asunto.

-Pues... -dije en voz baja. Mi padre levantó la cabeza para mirarme y escucharme mejor- Creo... Creo que es el hijo de Emanuel.

Mi padre abrió los ojos como platos.

-¿Qué estás diciendo Ellizabeth? -se levantó y caminó hacia mí- ¿De Emanuel? ¿Cómo sabes eso?

Tragué saliva, nerviosa. No quería entrar en detalle de todo lo que había ocurrido con Michael, y traté de bloquearle el acceso a mi mente para que no lo descubriese él mismo. Mi padre pareció darse cuenta y me miró fijamente, entrecerrando los ojos.

-Él lo dijo... -susurré- Michael era uno de los secuestradores... Y me ayudó a escapar -dije, y mi padre abrió los ojos como platos-. Después me llevó de nuevo allí, para rescatarte. Pero desapareció.

Él no comprendía nada. Tampoco yo entendía qué era lo que le extrañaba tanto. Bueno, a ver, cierto era que lo más normal del mundo no era que mi secuestrador me ayudase a escapar y encontrar a mi padre. Y menos después de saber que Michael era el mismísimo hijo del culpable de todo aquello.

-No sé... -dijo, caminando de un lado a otro del salón- No recuerdo que su hijo se llamase así...

-Eso es lo que dijeron -fue lo único que podía añadir.

-Ya... -parecía estar reflexionando acerca de algo- Sé que Emanuel quería que el siguiente en estar al mando fuese... Rick. Y pensé que éste sería su hijo. Quizás entendí mal el nombre, o quizás...

Mi padre seguía hablando para sí mismo y no pudo darse cuenta de que mi rostro cambió por completo.

Había palidecido y mis ojos, perplejos, miraban hacia el suelo.

¿Había escuchado bien?

No quería que mi padre notase mi malestar, pues no podría evitar que me preguntase al respecto. Pero oír aquello me dejó incapaz de reaccionar y el nudo que se me formó en la garganta me impedía respirar con facilidad.

Noté que mi padre se volvió hacia mí tras dejar de hablar, seguramente alertado por alguno de mis pensamientos. Permaneció un rato mirándome fijamente, tratando de descubrir lo que me ocurría, y al ver mi rostro se apresuró hacia mí.

-¿Qué ocurre Ellizabeth? -preguntó alarmado.

No respondí. Tragué saliva y permanecí con los ojos clavados en el suelo, intentando esconderme de la mirada de mi padre. Él me cogió por los hombros y me sacudió con delicadeza.

Ladeé la cabeza, quedando mi rostro oculto tras mi cabello, y mi padre alargó su mano hacia mi cara para retirarme los mechones de pelo. Estaba muy nerviosa, y sentía que estaba a punto de romper a llorar, sin saber por qué.

-Eh, cielo -susurró mi padre-. Estoy aquí contigo. Puedes contármelo.

Una pequeña lágrima corrió por mi mejilla y me apresuré a secármela. Miré a mi padre y su cálida mirada me reconfortó.

-Rick... -musité- Estaba allí...

No sabía qué palabras utilizar ni cuánto debía contarle. No quería hacerle daño y tampoco quería recordar todo aquello. Mi padre esperó pacientemente, con sus manos sobre mis hombros y sus ojos muy fijos en

los míos.

-Él... -tuve que desviar la mirada- Me hizo daño...

Las manos de mi padre se tensaron y sus ojos parecían haber cambiado de un momento a otro. Irradiaban ira, y si no hubiese sido mi padre, me hubiese dado bastante miedo.

No dijo nada, pero permaneció tenso durante un largo rato, sujetándome con fuerza por los hombros. Comezaba a hacerme daño y, cuando se dio cuenta, me soltó y me atrajo hacia él, abrazándome.

-Nadie volverá a hacer daño, Ellizabeth... -dijo, con lo dientes apretados.

Trataba de contenerse. Sabía que estaba a punto de estallar de ira, como tantas veces me había sucedido a mí. Pero yo nunca le había visto así, y me di cuenta de que aquello le hizo verdadero daño. Yo me dejé abrazar por él, rodeándole la cintura con firmeza, y esperé a que se calmase.

-Pagarán por lo que te han hecho -me pareció entenderle-. Todos y cada uno de ellos.

Traté de soltarme para mirarle a la cara, pues estaba algo desconcertada, pero mi padre no me soltó. Estaba tan furioso que parecía estar descargando toda esa furia en aquel abrazo. Contuve la respiración y cerré los ojos, esperando a que se tranquilizase.

Me pregunté si quizás había dejado escapar algún pensamiento. Quizás el motivo de aquella ira fuese que le había dejado vía libre a mis recuerdos y había conseguido ver con sus propios ojos lo que Rick me hizo. Lo que todos me hicieron.

Entendí su enfado pero me asustó verle así. No sabía lo que era capaz de llegar a hacer, pero me preocupaba que aquello le cegase y nos pusiese en peligro. Tenía que intentar convencerle de que olvidase todo aquello y buscásemos un lugar seguro.

-Tenemos que pensar algo, papá -dije bajo sus brazos-. Debemos irnos cuanto antes.

Hubo un silencio. Al fin mi padre me soltó y se giró bruscamente.

-No -contestó contundentemente-. No vamos a irnos aún -y se marchó escaleras arriba.

Sin quererlo, acababa de desatar una guerra.